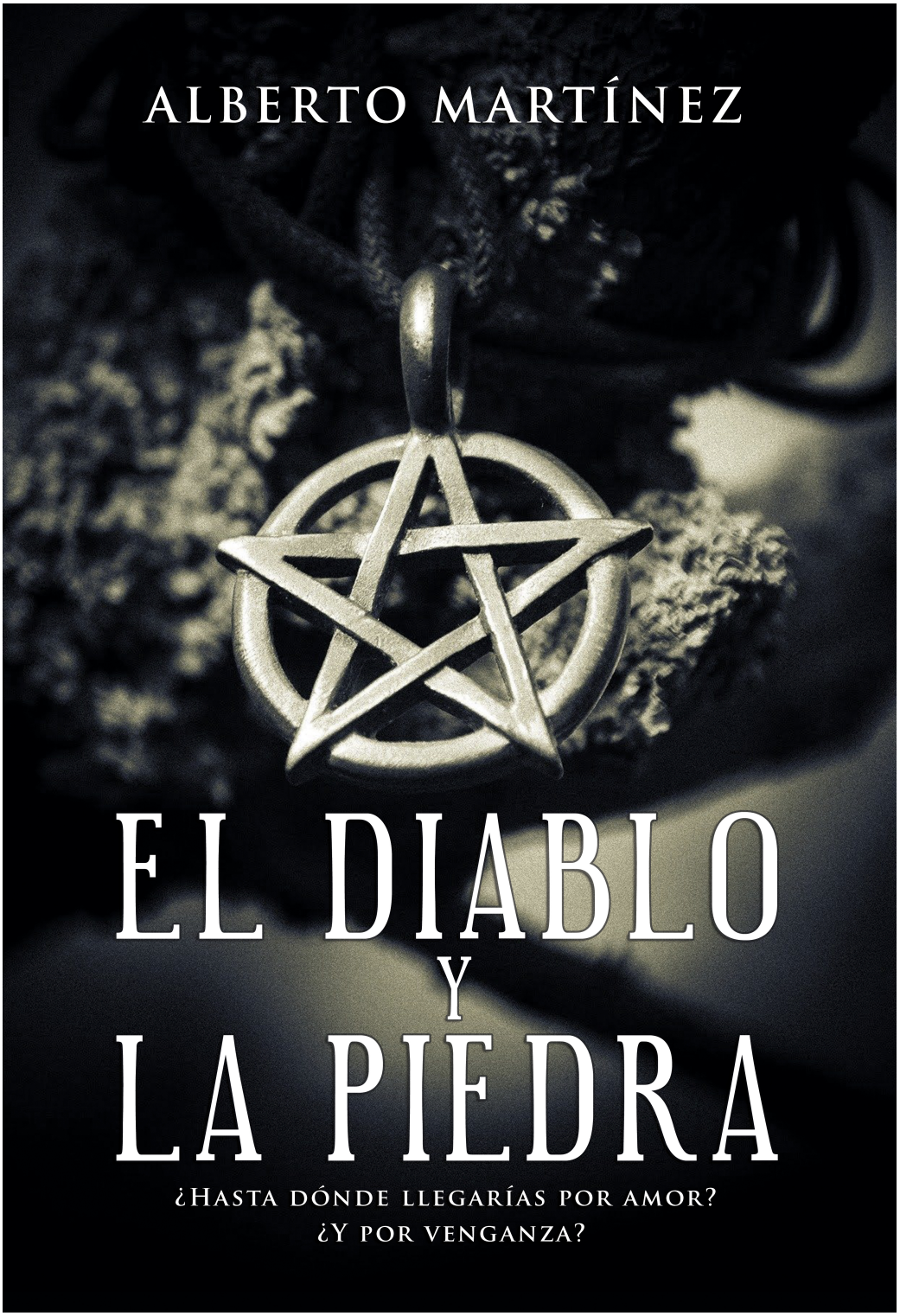
EL DIABLO Y LA PIEDRA.

Alberto Martínez Sánchez



Capítulo 1

"EL DIABLO Y LA PIEDRA"
Capítulo 1
PIEDRA
La noche era tan clara y silenciosa, que sus pasos sobre la grava que tapiza el suelo del camino de la entrada a la antigua fábrica de puertas y ventanas, resultaban groseros y molestos. O esa era la sensación que le daban. Qué curiosa era la mente humana, que se perdía en divagaciones absurdas cuando la realidad le era adversa.
Arrastraba el último cuerpo, envuelto en una pesada lona húmeda que unas horas antes cubría una piscina portátil, en el patio trasero propiedad de su víctima número cinco.
Lo subió a estirones por los escalones de hierro colado, negros y anaranjados por el óxido de años de falta de mantenimiento. Cuando había humedad suficiente en el ambiente, gruesas gotas rojas se desprendían de la estructura metálica, creando charcos y riachuelos por doquier, de tal manera que el edificio parecía desangrarse con lentitud, acusando el abandono. Lo sabía, porque lo había visto; era uno de los motivos por los cuales había escogido aquel lugar relativamente apartado.
Escuchó como el bulto que arrastraba gruñía y se quejaba mientras su cabeza rebotaba en todos y cada uno de los escalones, pero no le prestó demasiada atención.
"Enfócate en los detalles importantes, solo en eso", se repetía así mismo una y otra vez.
"Sé minucioso, pero no remilgado. Poco importa su dolor, si dentro de poco morirá por tu mano".
Llegó a lo que dos décadas atrás habían sido los vestuarios y baños de los empleados. Una sala amplia a la que incluso se le habían retirado los tabiques, en busca del preciado plomo que conformaban las viejas cañerías. Entre el desmantelamiento y el vandalismo, el recinto se había transformado en un espacio casi diáfano, alejado de las ventanas y con los agujeros de los desagües todavía visibles.
Aquello le iría bien para deshacerse más tarde de la sangre.
Soltó el saco cerca de una de las cinco puntas de la enorme estrella que había dibujado durante la pasada luna negra en aquel suelo recubierto de óxido, virutas de madera y polvo rancio. La sangre que no pudiera limpiar o eliminar por los desagües, sería indistinguible del entorno en un par de días.
Había seleccionado con mucho esmero todos los elementos a usar durante aquella noche. La tiza, en realidad un trozo de yeso, la obtuvo de un fulano que trapicheaba con sectas, y se suponía que procedía de las paredes de un nicho de un cementerio desacralizado.
Las velas, gruesas y negras, realizadas con sebo procedente de cadáveres de suicidas o muertos con violencia, las adquirió a una orden de monjas con voto de silencio, mas no de castidad, como así lo atestiguaban las profundas cicatrices que sus uñas habían dejado en su espalda. Tenía que

agradecer a Pfizer por la ayuda química en forma de pastillas azules que le había permitido copular con todas ellas durante tres interminables noches. Y al supermercado, por las botellas de vodka que le permitieron sobrevivir con un mínimo de cordura, a las lenguas acartonadas y los alientos a leche agria, vejez y podredumbre.
El cuchillo mellado que le aguardaba en el interior del círculo de piedra blanca salina que contenía la estrella, salió del retén de la policía nacional, relacionado con un asesino en serie no identificado y usado en al menos cuatro muertes confirmadas. Era sorprendente la cantidad de gente que traficaba con lo truculento y hasta con el horror más inhumano.
"Y, sin embargo, intuyo que todo esto no es más que atrezo innecesario".
–Creo que solo se necesitan dos cosas, en realidad –murmuró mientras recorría el círculo buscando algún defecto. De paso iba dejando las cabezas de sus involuntarios ayudantes al descubierto, fuera de sus sacos y lonas. A su alrededor, cinco bultos. Cuatro hombres que lo miraban con ojos enloquecidos de pánico, y una mujer que aparentaba mantenerse más entera que el resto, pero todos ellos apenas capaces de agitarse dentro de sus envoltorios.
Todo parecía correcto. Depositó con delicadeza un contenedor metálico en el suelo próximo al centro de la estrella, del tamaño de una caja de zapatos. Quizá un poco más grande. A cambio, recogió el enorme cuchillo de cocina, y se dirigió al primero de sus prisioneros, que al verlo aproximarse comenzó a gemir detrás de su mordaza y a sacudirse con desesperación. Le realizó un profundo corte en la frente. Luego repitió la misma operación en todos, ignorando las lágrimas y los mocos. Aquellas heridas no los matarían, aún no. Cuando consideró que había suficiente sangre derramada, encendió la última vela situada en el centro del círculo que contenía la estrella y recitó unas palabras procedentes del Gran Libro de San Cipriano. Después, se sentó con las piernas cruzadas, aguardando mientras pensaba:
"La sangre y la intención, en realidad, es cuanto se necesita".
Esperó paciente, vestido por completo de blanco y con la mirada oculta tras una amplia venda del mismo color que le cubría parte del rostro sin afeitar. Los cabellos ocultos por una capucha también blanca. Había que ser precavido. Venía a negociar, no a rendirse. El anonimato era importante si quería salir de aquello triunfante.
Los minutos se alargaron hasta convertirse en horas, pero él no se dejó engañar. Hacía rato que la temperatura había descendido casi diez grados de golpe, y desde entonces no había dejado de enfriarse el ambiente de forma gradual. A través de la venda, no podía distinguir las nubecillas de su aliento, pero sí las luces brillantes del medidor de temperatura digital que descansaba a su lado.
"Sé que estás ahí… poniendo a prueba mi paciencia. Deseas calibrar mi ansia por lograr un pacto, pero me he preparado bien. Los betabloqueantes evitarán que mi cuerpo me traicione de forma involuntaria."
A su lado, una mochila de deporte roja, vulgar y sin marcas visibles, comenzó a agitarse, llamando su atención.

–Ah, claro. Podría ser…–dialogo consigo mismo en voz baja.
Introdujo la mano en ella y sacó, sujeto por las inmovilizadas patas traseras, un enorme gatazo negro que comenzaba a revolverse furioso conforme los efectos del tranquilizante que le había administrado, se disipaban. Su otra mano movió el cuchillo como un relámpago y le cercenó el cuello al animal, que lanzó al frente, fuera del círculo. La sangre había salpicado su inmaculada vestimenta blanca, pero le daba igual.
–Mis disculpas, casi me había olvidado de ese detalle –dijo en voz alta, dirigiéndose a las sombras que le rodeaban fuera del círculo de velas.
Ahora sí que hubo una reacción, cuando escuchó unos pasos firmes que se acercaban hasta la luz. Un hombre de estatura media, sombrero hongo e impecable traje de corte clásico con unos zapatos italianos con aspecto de haberse realizado a mano, se inclinó sobre el animal agonizante y humedeció dos dedos en la herida abierta. Después se los llevó a los labios, donde apenas si se demoraron un segundo, mientras asentía en apariencia satisfecho.
–Gracias. Es tradición, ¿sabes? Soy aficionado a respetar las antiguas formas –le contestó con una agradable voz de barítono –. No es que sean en realidad necesarias, pero al igual que el envoltorio de un regalo, le dan un toque de distinción.
El hombre en el interior del círculo asintió, y por primera vez, tragó saliva al darse cuenta de que era capaz de advertir cada detalle de su aspecto, pese a la venda y la distancia que los separaba.
"No verás con los ojos, lo harás con el alma. Aun así, cubre los tuyos si quieres sobrevivir. Los ojos son una puerta", escuchó la voz cascada de una de las malditas monjas, la única que no había respetado el voto de silencio. Le había costado tener que yacer con ella en más de una ocasión durante aquellos tres días en la celda del monasterio, pero conocía su oficio. No podía ser más bruja.
–¿Cómo lo supiste? –le preguntó de repente aquel hombre, mientras parecía observar con indiferencia los inútiles esfuerzos de uno de los prisioneros por liberarse de sus ligaduras.
Sabía a qué se refería, por supuesto. Y ese detalle, junto con el necesario sacrificio del animal, le permitió identificar a su visitante.
–Un demonio de encrucijada –murmuró.
El recién llegado alzó una ceja, aunque parecía divertido. Tenía un rostro perfecto de facciones duras y mandíbula cuadrada, que lo hubieran convertido en un divo en el Hollywood de los años veinte.
–Vaya, casi suenas decepcionado. A fe mía, que es una reacción curiosa… A fe mía… ¿gracioso, no? –se rio, mostrando abiertamente una dentadura similar a la de un tiburón.
"*Respeto. Siempre. No lo olvides. Son viejos, muy viejos. Y algunos, lo bastante orgullosos como para renunciar al cielo"*, regresó de nuevo la voz de la vieja. Mejor respondía a la pregunta de aquel ente.
–Conocí a alguien que trabajó en la construcción de este lugar. Soy sabedor de lo que encontraron al excavar para crear los cimientos. De las advertencias en la placa metálica de la edad media, de los restos

humanos, cabezas, enterradas a los pies de un miliario romano aún más antiguo que la placa. De la ola de muertes que anegó de sangre la población hasta que volvieron a cubrirlo todo con hormigón.
Hizo una pausa, mientras se humedecía los labios con la lengua.
–He escuchado las voces, iracundas, susurrando en mi nuca mientras hacía los preparativos. Esto fue un cruce de caminos entre dos grandes vías comerciales de la antigüedad.
El extraño hombre asentía complacido conforme iba recibiendo la información de sus labios. Había completado dos vueltas alrededor del círculo mientras tanto.
–Sí, sí –hizo un gesto, como apartando una mosca.
–Siguen por aquí, al menos los fallecidos más recientes. Romaníes en su mayoría, gitanos, a los que las buenas gentes no dejaban usar los cementerios cristianos para sepultar a sus muertos. Esta tierra aún los recuerda.
Dio una palmada y se frotó las manos con vigor, una vez más, de pie frente a él. Del cadáver del felino, no había ni rastro.
–En fin, cuéntame que nos ha traído hasta tan insigne lugar. Cuento cinco sacrificios, nada menos. Veo que vas a por todas, muchacho… ¿Disculpa, tienes un nombre con el cual poder dirigirme a ti? –preguntó con falsa inocencia, señalándole con un dedo.
Casi suspiró de alivio. Al fin comenzaba de verdad, la negociación. Pero estaba preparado, había invertido mucho tiempo en prepararse de forma exhaustiva para este momento, así que contestó con firmeza:
–Mi nombre es Piedra.
–Piedra –repitió el demonio con forma humana, inclinando ligeramente la cabeza, con escepticismo.
–Bueno, vale. Piedra entonces. Ya veo que vas a ser de los difíciles y, con cinco ofrendas humanas a mis pies, tengo claro que solo hay una cosa que puedas pedirme.
El hombre con el rostro vendado empujó ante sí la caja metálica y dijo con tono neutro:
–Quiero que le devuelvas la vida.
El demonio silbó de admiración.
–¡Bueeeeno, eso también puedes pedirlo! –exclamó.
Sus ojos centelleaban ahora con curiosidad nada disimulada.
–¿Seguro que no quieres que saque a alguien del infierno? Suele ser lo habitual.
–Su vida a cambio de las de estos cinco pilares de la comunidad. Cinco almas buenas, cinco luces a cambio de la del propietario de estas cenizas. –insistió Piedra, mostrando el contenido de la caja metálica.
El demonio guardó silencio, como sopesando el trato, mientras sus ojos iban de Piedra a las cenizas.
–Un bebé. Interesante. No sería la primera vez que extraigo a alguien del Purgatorio –murmuró entre dientes, mientras se acariciaba la barbilla, pensativo –. Pero claro, los pequeños están a buen recaudo, en la zona más inaccesible… y tendría que dar muchas explicaciones. Los Tratados y esas mierdas…

El hombre que se hacía llamar Piedra lo sacó de su diálogo interno.
–¿Está en tu poder, diablo? Porque si no es así, dímelo y probaré suerte con algún otro compañero tuyo con mayor rango o ambición –dijo con voz áspera.
Se arrepintió casi enseguida, cuando la mirada de aquellos imposibles ojos verdes se achicó hasta parecer dos rendijas abiertas a la más profunda de las oscuridades. El termómetro descendió otros diez grados en pocos segundos, mostrando por primera vez valores en negativo.
–Una lástima, hasta el momento lo estabas haciendo bastante bien –se dejó escuchar una voz profunda detrás de él.
No se dio la vuelta, pero la intensidad, la increíble presión que percibía brotando a su espalda, casi lo empuja al suelo de bruces. Logró apoyar una mano en el suelo y recobrar el equilibrio en su posición del loto, mientras veía la sorpresa dibujarse con lentitud en el rostro del demonio trajeado. Este se irguió, contemplando a la oscuridad de una de las esquinas lejanas del recinto.
–Está siendo, ciertamente, la noche más movida de cuantas haya disfrutado en siglos –rio en voz alta el demonio –. Adelante, muéstrate, mi sorprendente invitado sorpresa.
Capítulo 2
KALEB
Piedra no movió un solo músculo, ni tampoco intentó girarse para contemplar al recién llegado. Su sola presencia resultaba tan apabullante, que hasta el demonio frente a él parecía contenerse, cauto ante un poder desconocido.
–Deberías reforzar la dosis de medicación, has prolongado demasiado el tiempo desde la última toma y comienzas a perder los nervios –lo escuchó hablar desde una posición mucho más cercana que antes, todavía a su espalda.
Sintió hielo en las venas al ver su maniobra al descubierto, sin embargo, optó por alargar la mano hacia la bolsa roja y sacar un blíster con la droga que le ayudaba a mantener la calma.
–Apoyo químico –masculló el demonio, observando a Piedra con disgusto –. ¿Es que ya nadie juega limpio hoy en día?
Piedra tragó dos de las pastillas en seco y advirtió movimiento a su lado, fuera del círculo.
"Se mueve en completo silencio, hasta los espectros de este lugar hacen más ruido que él", pasó fugaz el pensamiento por su cabeza.
El desconocido se detuvo a su lado derecho, un poco más adelantado que él. Justo a la altura del que iba a ser su primer sacrificio, el hombrecillo regordete que hipaba detrás de la ajustadísima mordaza de cinta americana y trapos.
Era un hombre o, al igual que el demonio, usaba la forma de uno. Alto y delgado, de tez morena y manos desproporcionadamente grandes. El cabello oscuro, no moreno ni castaño; ni siquiera negro al estilo del ala de un cuervo. El cabello oscuro, le caía largo por la espalda. Vestía por completo de negro y no sabría decir si se cubría con un abrigo o una capa,

pues algo opacaba su silueta, como una tela que ondeara bajo un viento que no se dejaba sentir en aquella sala.
Le pareció que se encogía de hombros ante el comentario del sujeto trajeado, antes de contestarle:
–Bueno, si lo pensamos bien, rara era la vez que no se presentaban a estos menesteres drogados por completo con lo primero que encontraban en el campo. Agradece al menos que aún está vestido y no desnudo, gritando y danzando como un demente.
El demonio parpadeó, sorprendido y esbozó una sonrisa afilada.
–Totalmente de acuerdo, siempre me ha molestado esa parte. Prolongaba de forma innecesaria el ritual y el hecho de ver sus testículos balanceándose de un lado para otro durante el proceso, me resultaba muy molesto –contestó.
Se hizo el silencio entre los dos, mientras se medían con la mirada. Piedra percibió como el aire se cargaba de amenaza alrededor del demonio, hasta que llegó a un punto en que, sin ver nada, le dolía mirarlo. En cambio, el sujeto de su derecha ni se inmutó. A su alrededor todo era una calma inquietante, como una sima que se asomara al vacío de entre las estrellas. Si la iniquidad que brotaba del demonio, era una moneda lanzada al pozo del hombre alto, Piedra intuía que no iba a oírla tocar fondo.
El demonio debió llegar a idéntica conclusión, porque relajó sus hombros de forma visible, y se ajustó la solapa del traje mientras aquella tremenda aura se desvanecía.
–Cuánto dolor soportas, Shemhazai de los Caídos –susurró el hombre alto con tristeza.
El demonio se quedó helado, con el rostro demudado, a medio camino entre la sorpresa y la incredulidad. Pero mayor fue el escalofrío que recorrió el cuerpo de Piedra al reconocer el nombre. Un sudor frío le cubrió de arriba abajo en instantes, al comprender que había estado a punto de provocar, no a un demonio vulgar y corriente, si no a uno de los grandes duques del Abismo, un ángel caído.
Se obligó a aflojar la tensión en sus manos, agarrotadas sobre sus muslos. La intervención de aquel extraño le había salvado la vida con casi total seguridad. ¿Pero quién era?
"Tan solo un ángel puede reconocer a otro", se le ocurrió de repente.
–Hay en ti un eco lejano, el aroma de la luz en la primavera del mundo… pero también del tañido de la voz de Dios antes de que el hombre diera sus primeros pasos –habló el demonio con voz ensoñadora. Sacudió la cabeza, como queriendo sacudirse los recuerdos que se agolpaban en su espíritu. Cuando habló otra vez, su voz era firme y desafiante:
–No eres de los nuestros, pero tampoco de la Hueste Celestial. Entiendo que eres viejo, pero te miro y solo encuentro mi reflejo en unas calmas aguas negras.
Caminó, aproximándose al desconocido, hasta colocarse enfrente de él, separados apenas por unos centímetros.
–No sé lo que eres, y no tengo claro si eso me gusta.

–Lo que soy… yo mismo lo ignoro. Por eso disculparé tu falta de cortesía. Sin embargo, y dado que yo sí conozco de tus hechos y hazañas, me presentaré –le contestó aquel hombre, colocándose una de sus enormes manos en el pecho e inclinándose sobre el demonio, hasta el punto en que sus ojos quedaron frente a frente.
–Me conocieron como Pazuzu, Cultor o Mentoviacus, pero siempre preferí ser Lugh, *"el que guarda los caminos".* He portado más nombres que estrellas hay en el firmamento, pero hoy por hoy, puedes referirte a mí como Kaleb. Y estos son también mis dominios y reclamo mi derecho a disputar este sacrificio –finalizó con una voz que no admitía discusión.
Piedra parpadeó. De repente, los dos seres se encontraban separados. El demonio de nuevo frente a él, con la tez pálida pero el gesto lleno de curiosidad y hasta de… ¿respeto?
Movió la cabeza negativamente, no podía ser. Sin embargo, contempló de nuevo al llamado Kaleb, que continuaba de pie junto a su supuesta primera víctima, y supo que no se mantenía ahí por casualidad.
–Bien, comencemos de nuevo –dijo el demonio –. Puedes llamarme Malcolm. Mal, para abreviar.
Kaleb inclinó la cabeza a modo de saludo.
–Un placer, Mal.
–Es obvio que tenemos aquí un problema de jurisdicción, ¿cómo sugieres que lo resolvamos? –interrogó Malcolm.
El hombre alto y oscuro esbozó una torva sonrisa en aquel rostro tan esquivo e hizo un ademán con la mano derecha.
–De forma civilizada, por supuesto –respondió, mientras el entorno cambiaba y aparecían un estrado y unos bancos espectrales. Los objetos iban tomando forma con rapidez y Piedra se asombró al reconocer el aspecto que aquello estaba adquiriendo.
–¿Una sala de justicia? –no pudo evitar exclamar.
–Eso parece… que inesperado –contestó el demonio admirando el despliegue fantasmal, al tiempo que asentía, como entendiendo la situación.
–¿El jurado? –preguntó Malcolm mientras se ajustaba los gemelos y la corbata. Lanzó el bombín que llevaba, que se quedó flotando enganchado a un perchero translúcido que había aparecido a un lado suyo.
A otro gesto de Kaleb, una silenciosa y abigarrada muchedumbre surgió del suelo más allá del círculo de piedra, separándose en dos grupos. Uno tomó asiento en la bancada reservada al jurado, y el otro se repartió por la zona dedicada a los asistentes. Piedra escudriñó los rostros del jurado no muerto, sus facciones iluminadas por una sobrenatural fosforescencia de tonos índigos. No cabía duda de que eran los espectros que rondaban por la vieja fábrica, las almas privadas de descanso cuyos restos permanecían ocultos bajos los cimientos. Una mujer con una toga, un hombre que guardaba semejanza con un legionario romano, varios jóvenes de etnia gitana, otro de color con cicatrices en el rostro…dejó de contemplarlos porque sentía náuseas cuando lo hacía.
–Mejor mantén la mirada baja, señor Piedra. El vértigo que experimentas es el del abismo de los años que separan tu época de las de ellos. No es

fácil, para un ser humano, asomarse a tales simas sin sentir como se le aflojan los miembros. –le advirtió Kaleb.
Piedra asintió, intentando contener los temblores y las arcadas. Pero era un hombre fuerte y a poco que se notó aliviado, no pudo evitar formular una pregunta que le inquietaba:
–¿Quién dictará sentencia, qué juez puede estar por encima de ambos?
–Hay que reconocer que tiene una gran presencia de ánimo y es bastante despierto –comentó Malcolm, mientras se palpaba los laterales del traje, buscando algo.
–¿No tendrás tú una por ahí? –preguntó de forma casi casual a Kaleb –. Creo que me las he dejado en los bolsillos de la otra chaqueta.
Por toda respuesta, el aludido le lanzó un objeto que trazó una curva en el aire, arrojando destellos en su avance, hasta que Malcolm lo cazó con un rápido gesto. Después, lo sostuvo entre dos dedos, mientras lo contemplaba satisfecho.
–Esto que ves, mi estimado Piedra, es una de las escasas monedas acuñadas por el mismísimo dios Jano y es, hasta hoy, uno de los más perfectos sistemas de justicia de cuantos existen en este tapiz lleno de polvo, sudor y lágrimas, que denominamos La Creación. Por cierto, elijo Patulsius. – explicó, antes de acercarse al fantasmal estrado del juez y poner a bailar la moneda.
–Clusivius, pues. Tanto da una cara que otra, siempre y cuando me sea favorable –contestó Kaleb.
Piedra observó con fascinación como la moneda danzaba frenética, lanzando ocasionales destellos cuando alcanzaba a reflejar la luz de las velas, sin dar muestras de agotarse su impulso ni caer.
–Solo caerá cuando el veredicto esté maduro. Todos los presentes seremos víctimas, jurados, jueces y verdugos en esta ocasión. La moneda leerá en nuestros corazones, incluso en aquellos rincones donde no suele llegar la luz, y se vencerá de un lado u otro, en función de lo que nosotros mismos hayamos decidido en nuestro interior –explicó Kaleb.
–Entonces… ¿vais a decidir quién tiene más derechos sobre mi ofrenda, en un juicio público? –preguntó Piedra atónito.
–Eso sería lo predecible y, hasta me atrevería decir, deseable. Pero sospecho que aquí nuestro amiguito tiene otros planes, ¿me equivoco? –interrogó Malcolm, los brazos cruzados y la mirada reducida a meras rendijas.
Kaleb asintió, dándose la vuelta hacia la bancada de los jurados y abriendo los brazos con teatralidad.
–Damas y caballeros, entidades todas, miembros de este jurado. Esta noche demostraré, más allá de cualquier duda razonable, que este sacrificio y cuanto le rodea, no es más que un disparate, un fraude, una monumental estafa al Cielo e incluso al Infierno.
Y dándose la vuelta para encarar a Piedra y al demonio, sentenció:
–Por ello, no debe llevarse a cabo.
–Bum –deslizó la onomatopeya entre dientes Malcolm. Piedra no dijo nada, como podría, estando por completo anonadado.
Capítulo 3

POR TODAS LAS RAZONES EQUIVOCADAS

Selina abrió los ojos despacio, parpadeando varias veces en el proceso porque lo veía todo borroso. Percibía en los maxilares un dolor sordo y el cansancio habitual y supo que se había pasado otra noche rechinando los dientes.

"Mi dentista estará encantado" –se dijo a sí misma suspirando en silencio. Al final, tendría que consentir en que le fabricara la dichosa férula.

–Maldito pirata –dijo, ahora sí, en voz alta. Se incorporó a medias en la cama mientras se frotaba los ojos con una mano. Aún no conseguía enfocar la vista, además ¿qué hora era? Había demasiada luz en la habitación. Desplazó la sábana y bajó los pies al suelo, buscando a tientas sus zapatillas, sin encontrarlas. Estaba a punto de soltar un taco, cuando la puerta de la habitación se abrió de repente, sobresaltándola, y alguien entró en tromba, saltó sobre la cama y colocándose de rodillas sobre el colchón, se abrazó a ella dándole un beso en la mejilla al tiempo que le apremiaba:

–¡Mamá, por favor, que vamos a llegar tarde!

Su vista se enfocó al fin y, al contemplar aquel rostro juvenil que la observaba con ansiedad y cierta carga de reproche, el mundo cayó sobre ella como una ducha de cuchillos de hielo.

–¿Josh? –acertó a pronunciar a duras penas.

El joven, de unos diecisiete años, se la quedó mirando con una ceja alzada (Dios, como añoraba aquel gesto), y bajó de la cama para rebuscar en la mesilla de noche.

–Has vuelto a tomar diazepam –afirmó, no preguntó.

Selina tardó en reaccionar, solo tenía ojos para el chico. Su mirada lo recorría de arriba abajo una y otra vez, como si no creyera lo que estaba viendo.

–¿Qué? ¡No! –se levantó al fin, empujándolo fuera de la habitación pese a las protestas de este –. Dame un minuto y me visto.

Cerró la puerta con brusquedad y se apoyó en ella, con el pecho subiendo y bajando con demasiada intensidad. Cerró el pestillo y corrió hacia su tocador, contemplándose en el espejo.

–No puede ser… –susurró tocándose el rostro con las manos. El reflejo que veía era el suyo, pero tal y como había sido diez años atrás. No es que hubiera grandes cambios en sus facciones, algunas arrugas menos quizá, pero sí en su peinado. La mujer que le devolvía la mirada en el espejo lucía una melena rubia larga y lisa, en contraste con el pelo corto, casi masculino, que usaba en la actualidad.

Se apoyó en la cómoda, mareada. Estaba hiperventilando, necesitaba sentarse y pensar. Aquel mueble tampoco era el correcto. Deslizó su mirada por todo el cuarto y asintió, se había deshecho de todo aquel conjunto de habitación hacía ya casi siete años, unos meses después de que su mundo se pusiera patas arriba. Por tercera vez en su vida.

Tardó poco en vestirse, decidida a averiguar qué estaba ocurriendo. Tenía la molesta sensación de que su cerebro le andaba omitiendo algún tipo de información, de que obviaba un dato crítico en medio de aquellas

circunstancias tan extraordinarias, pero no era de las de sentarse a esperar a que ocurrieran las cosas, ya no.
Entró en la cocina con paso cauto pero los tacones la delataron y Josh levantó la cabeza de su tostada mientras la evaluaba con la mirada.
–Te has puesto muy guapa hoy, mamá –le dijo sonriendo, para después continuar con su desayuno.
Selina se sentó cerca de él, pero no demasiado. Había elegido sin ser consciente aquel vestido largo con el estampado floral, mientras intentaba decidir qué rumbo de acción tomar. Y ahora acababa de recordar cuánto le gustaba a Josh y por qué, y no pudo evitar morderse el labio inferior con culpabilidad.
"Dios, duele tanto… ¿Cómo no me di cuenta de lo que tenía, cómo pude estar tan ciega y pagada de mí misma?"
–¿No vas a tomar nada? –le preguntó su hijo, sacándola de su abstracción.
–No. No he pasado muy buena noche y tengo el estómago un poco revuelto –mintió solo a medias.
La perspectiva de los años le daba un aspecto totalmente nuevo a la relación que había mantenido con su hijo, y le maravillaba tanto como la avergonzaba el cariño que el chico le profesaba con tanta evidencia.
"No lo merezco, nunca lo merecí", pensó con tristeza. Sobre todo sabiendo el día que era hoy. Bien fuera un sueño o una pesadilla, había comprobado en su agenda la fecha exacta en la que se encontraban, y no le había sorprendido demasiado. Si esta experiencia era su particular versión de *Cuento de Navidad*, desde luego no habría podido escoger otro momento más acertado de su vida.
"Bueno, en realidad quizá tenga tres o cuatro días como candidatos, aparte de este. Pero sí, hoy será un día de los que no se olvidan. Otra vez", repasó en silencio con cierta amargura.
Se levantó y cogió las llaves del coche del interior del frasco donde las guardaba y apremió a su hijo:
–Venga, vámonos o al final llegarás tarde a las clases.
***
Veinte minutos después se encontraba en el interior de su vehículo, estacionada en la acera de enfrente del piso tutelado donde se refugiaba aquel día una de sus clientas. Selina ejercía de abogada para el Instituto de la Mujer y, no satisfecha con ello, andaba dándole vueltas a la idea de cursar también la carrera de psicología. Dios sabía que aquellas mujeres, auténticas crías en algunos casos, necesitaban toda la ayuda posible para rehacer sus vidas. Conocía a la perfección el camino escarpado que les aguardaba a todas ellas sin excepción. Denunciar era el segundo paso, el primero era ser consciente y reconocer lo que te estaban haciendo. El tercero y más complicado, sobrevivir a todo ello y reinventarte como persona, partiendo en muchos casos del cero más absoluto.
Había obviado el pasar antes por su oficina y hasta su parada habitual en la cafetería al lado de la misma, para conseguir llegar un poco antes y reconocer el terreno. Lo vio un poco más abajo, ojeando las revistas del

expositor del quiosco de prensa y lanzando miradas de cuando en cuando, a la salida del bloque de pisos.
"Como si supieras leer, hijo de puta"
Era el marido de Luisa, su clienta. Maltratador habitual, acosador y asesino en ciernes. Porque a eso había acudido allí ese día, a acabar con el objeto de su inquina de una vez para siempre.
"Y me pilló a mí en medio", recordaba mientras improvisaba un moño a la japonesa con dos lápices a los que había sacado punta un minuto antes. "*Tendría que haber cogido un cuchillo o algún otro tipo de arma",* se reprochó en silencio por su falta de previsión. Quizá debería de llamar a la policía y recurrir a la orden de alejamiento que tenía en vigor; pero claro, el cabrón podría argumentar que ignoraba que su mujer estuviera allí; al fin y al cabo, la localización de los pisos protegidos era confidencial.
–No, lo tengo que hacer sola –dijo bajando del vehículo –. Ni siquiera sé si todo esto es real, un mal sueño o un gigantesco déjà vu.
Cruzó la avenida y mientras llamaba al timbre y se identificaba, advirtió que Miguel (así se llamaba aquel indeseable), la había reconocido y oprimía reiteradas veces el botón del semáforo.
"¿Me siguió a mí aquel día, o ya conocía de antemano en qué piso exacto se encontraba Luisa?", se planteó por un segundo, mientras empujaba la puerta con la espalda.
El ascensor no respondía. Alguien estaba manteniendo la puerta abierta mientras conversaba con algún vecino (podía escuchar el murmullo de la charla desde la planta baja), así que se descalzó y subió los escalones de tres en tres con los zapatos en la mano. Al pasar por el cuarto piso, Selina cerró la puerta del ascensor de una patada ante una sorprendida parejita que no acababa de despedirse, mientras revivía en su mente lo que para ella era el pasado.
Aquella mañana se reunió con Luisa, que se encontraba sola en el sexto 10, antes de acudir a los juzgados. Tras un breve intercambio de palabras, salían por la puerta de la vivienda cuando las sorprendió Miguel, que las aguardaba en el rellano. Iba armado con una navaja de esas que venden en los restaurantes de carretera como recuerdo, pero afilada hasta el punto que la hoja se quebró cuando la enterró en la yugular de su esposa. Recordaba la sangre brotando y burbujeando entre los dedos de Luisa mientras sus ojos la buscaban con la incredulidad reflejada en ellos. Recordaba con claridad huir hacia el interior del piso y el brutal tirón de pelo que la hizo caer de espaldas sobre el suelo ensangrentado. Y gritar, gritar hasta que su garganta cedió, mientras el asesino la arrastraba hacia el comedor y le golpeaba la cabeza contra el suelo una y otra vez, hasta que no vio ni sintió nada.
Tenía lágrimas en los ojos cuando llegó al rellano del sexto. Esta vez lo haría bien, esta vez la salvaría, porque ya no era una persona indefensa. A raíz de aquel día se cortó el cabello para que nadie volviera a sujetarla de aquella forma y practicó todo tipo de artes marciales y autodefensa de forma casi maníaca. Hacerse abogada fue su forma de reafirmarse cuando se liberó de su marido, el diablo lo tenga en su seno. El dominar su cuerpo fue el camino que usó para encauzar su rabia y auto decepción antes de

que acabaran con ella después de lo de Luisa. De Luisa y… sacudió la cabeza.
"Olvida eso, déjalo para después"
Empujó la puerta y la encontró abierta. Maldiciendo para su interior por lo confiada que era aquella mujer, entró en el piso llamándola a gritos por el pasillo:
–¡Luisa!
–Aquí, en el baño –le contestó asomándose un poco –. Llegas pronto, ¿no?
Se había rizado el cabello y sostenía una barra de lápiz labial. Solo el cielo sabía lo que le había costado a Selina y a la psicóloga conseguir de ella aquellos pequeños gestos. Los primeros meses no era capaz ni de mirarse al espejo.
–Nos vamos –dijo Selina casi sin aliento por el ascenso. Algo en su interior encendió una tenue luz de alarma al notarse tan cansada, pero la ignoró mientras cogía de la mano a la mujer y la arrastraba tras de sí por el pasillo.
–¿Qué ocurre? –le preguntó Luisa, alarmada por su extraña actitud.
–Miguel está aquí, tenemos que irnos –le espetó, dejándola helada.
Se asomó con precaución, el corazón atronando en sus oídos y, al no ver a nadie, salieron ambas al rellano.
–El ascensor está subiendo –le indicó Luisa con la voz temblorosa.
–Por la escalera, ¡vamos!
Descendieron cogidas de la mano a la máxima velocidad de la que eran capaces, pero dos pisos más abajo la puerta del ascensor se abrió de golpe y de él surgió Miguel, los ojos fríos y ausentes de toda emoción. Había visto el ascensor bajar desde la cuarta planta cuando lo llamó, y supuso que sería ahí donde había ido Selina. Ahora lo tenían frente a ellas por una estúpida carambola del destino, sin lugar a donde huir.
"Si nos hubiéramos encerrado en el piso, no nos habría encontrado", maldijo Selina en el fondo de su cabeza.
Ellas tardaron en reaccionar por la sorpresa, en cambio, él iba preparado. El brazo subió y bajó demasiado rápido para ser visto y Luisa se desplomó en tierra sin un quejido, mientras del centro del pecho le brotaba la sangre a trompicones, agotando su vida con cada latido.
Selina se lanzó hacia Miguel, loca de pena y rabia, golpeando primero su garganta y tratando de retorcer su muñeca para desarmarlo, pero algo no iba bien. Sus movimientos eran lentos y flojos, carentes de la contundencia y la seguridad que dan la costumbre y el entrenamiento. Apenas lo hizo toser con el golpe a la garganta y, desde luego, fue incapaz de detener su mano cuando la apuñaló por debajo de las costillas. El dolor de la hoja penetrando en su carne fue brutal, pero la sensación de vaciado posterior al fluir la sangre, esa fue mucho peor. Se inclinó hacia delante, con los dos brazos cruzados bajo su pecho, maldiciéndose por ser tan idiota.
"Mi mente conoce los movimientos, pero estos músculos no los recuerdan aún y carecen de fuerza. Estúpida, una y mil veces".

Lo vio recular, recreándose en la escena, disfrutando del momento. Selina lo percibía ahora todo amplificado, con una viveza tal que casi se olvidó del dolor que sentía. Vio su sangre mezclarse con la de Luisa en el rellano, formando una pequeña cuenca fluvial escarlata que se precipitaba con mansedumbre escaleras abajo. Le sorprendió encontrar belleza en la forma en que la sangre desplegaba destellos anaranjados y púrpuras, mientras reflejaba la luz del sol que entraba por un pequeño tragaluz.
"Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir", acudieron a su cabeza los versos de Jorge Manrique. Abrió muchos los ojos, al recordar los pocos meses que fue al colegio, antes de que su padre la pusiera a trabajar. Recordó a su marido, con quien se casó siendo una cría para huir de casa, y acabó siendo el receptáculo de toda la ira y la frustración que este acumulaba. La sangre discurría lenta entre sus dedos y cada pulsación de su corazón en las sienes era una extensión de tiempo elástico. Alzó la vista y lo vio avanzar con lentitud hacia ella, como si estuviera a un mundo de distancia. Detrás de Miguel divisaba un interminable yermo gris salpicado de motas negras que se agitaban al son de un viento que le estremecía el alma de tristeza. Una figura se dibujaba trémula contra aquel fondo, casi como si la llamara.
–¿Mamá? –dijo de forma casi inaudible. Apretó los dientes y tapó su herida con la mano derecha.
"No, mamá. Así no es como acabaré, no soy como tú, y desde luego no acudiré a tus brazos ni en el día de mi muerte", afirmó con tanta fuerza en su interior, que sintió que la calidez invadía de nuevo su cuerpo. Miguel estaba casi encima de ella una vez más, con la punta rota de su navaja orientada hacia ella, como un ultimátum. La mano izquierda de Selina subió veloz hasta su cabeza y empuñó uno de los afilados lápices de su moño al tiempo que reunía sus últimas fuerzas y proyectaba ese brazo hacia arriba a la vez que se impulsaba hacia su agresor. Su movimiento coincidió con el de Miguel al inclinarse hacia ella y la improvisada arma atravesó el globo ocular derecho de éste, que comenzó a aullar. El lápiz se quebró por la mitad y se desprendió de la mano de Selina que, sin embargo, no se rindió, golpeando el ojo herido con la palma de la mano, empujando el lápiz aún más profundo. Ahora sí, este llegó al cerebro del asesino, que dejó de gritar de forma repentina mientras se desplomaba escaleras abajo, deteniéndose en el siguiente rellano.
Selina se apoyó en la pared, cerca de Luisa, y se dejó caer despacio en el suelo junto a ella, mientras sus lágrimas se mezclaban con la sangre de ambas. Alargó su mano y le acarició el rostro, al tiempo que le cerraba los ojos. Reparó en el colgante con forma de paloma que colgaba del cuello de la mujer y que le había regalado ella el día que al fin se había decidido a denunciar a su marido.
–Vuela libre, hermanita. Vuela libre.
Y se desmayó.
***
Selina observaba en silencio el inmaculado techo de color crema de su habitación en el hospital. Se notaba que el ala era nueva por completo; casi se podía percibir el aroma a pintura reciente mezclada con los olores

habituales a desinfectante y otros productos de limpieza. Tiempo tendrían de añadirse a la mezcla el del sudor y el del sufrimiento… hasta el de la muerte.
No recordaba cierto cuantos días llevaba allí ingresada, mientras su hígado se recuperaba de la operación a vida o muerte que había sufrido. Tampoco recordaba con exactitud qué había declarado a la policía, estando como estaba hasta arriba de sedantes cuando la interrogaron, pero tampoco era un problema. La parejita de la interminable despedida en el ascensor, había acabado por regresar al interior de su piso después del numerito de la patada de Selina, con seguridad para continuar con lo suyo, y eso había sido providencial. Fueron testigos de la agresión a través de la mirilla de la puerta y su declaración la exculpaba de la muerte de Miguel. Gracias a Dios, porque en lo que la policía tocaba, ella ya tenía unos antecedentes inquietantes y, sin esos chicos, la cosa podría haberse complicado.
"Sin embargo, lo peor viene ahora", pensó tensándose mientras la puerta de la habitación se abría y su hijo Josh entraba de la mano de…
"¿Una chica?"
–Hola, mamá –saludó su hijo con extraña timidez –. Perdona que llegue hoy tan tarde, pero, bueno…
Lo observó rascándose la cabeza, como hacía cuando se ponía nervioso, y decidió ayudarle un poco:
–¿Me presentas a tu amiga? –inquirió, con el corazón en un puño y al borde de las lágrimas.
–Esta es Amanda. Bueno, es una amiga muy… ¡uf! –resopló cuando la jovencita hundió su codo en su costado.
–¡Mi novia, es mi novia! –soltó casi cuadrándose militarmente. La situación era tan graciosa, que Selina hubiera sonreído si no fuera porque ya había tomado una decisión… si no fuera porque aquello nunca había ocurrido, al menos de aquella forma.
Dio unas palmadas sobre la cama, indicándoles que se sentaran junto a ella, cosa que hicieron después de cruzar sus miradas por un segundo. Josh se veía cohibido, pero la muchacha aparentaba tener mucho más aplomo.
–Toda mi vida lo supe, de la forma que solo una madre puede. Y toda mi vida me dediqué a ignorar o a reprimir todo aquello que yo sentía equivocado en ti –comenzó a explicar Selina. La voz le temblaba y no podía evitarlo, pero algunas cosas no habían sido dichas nunca, y ya era el momento.
–Mamá, no entiendo –rebulló el muchacho incómodo, mirando a la chica de reojo. Selina alzó una mano, interrumpiéndole.
–Tú déjame hablar, cariño. –le pidió.
Volvió a coger aire, esta vez con dificultad. Parecía que los pulmones inspiraran cemento en lugar de oxígeno, tal era la opresión que sentía en el pecho.
–No fui una madre, al menos una buena. Fui un rodillo, un bozal y unas cadenas en lo que a ti se refiere. Y sin embargo, por alguna razón que se me escapa, seguías queriéndome de forma incondicional. Hasta el día en

que murió Luisa y, en cierta manera, yo lo hice con ella. Los días en el hospital, mientras me recuperaba de las lesiones en la cabeza y las costillas rotas…
–Qué...–exclamó Josh confundido.
–Pensaba que la habían apuñalado –intervino la joven, alzando una ceja.
Selina volvió a alzar una mano temblorosa pidiendo silencio una vez más.
–Esos días los pasaste cuidándome, no te apartaste de mí ni un instante. Creo que te sentiste más fuerte, más unido a mí que nunca y seguro de nuestra relación. Así que lo trajiste aquí. A Conrad. Tu pareja, me dijiste.
–¡Pero qué estás diciendo! Se te ha ido la cabeza –dijo Josh levantándose y volviéndose hacia Amanda –. Voy a llamar a una enfermera.
Sin embargo, la jovencita lo sujetó y lo obligó a sentarse de nuevo junto a Selina.
–Aguarda y escucha. Tu madre necesita hacer esto –dijo.
Selina la observó extrañada, pero la necesidad de desahogarse era mayor y continuó su relato.
–Me negué a aceptarte tal y como eras. Tal y como yo sabía que eras. Las palabras que te arrojé fueron crueles y enfermizas, pero las lancé a sabiendas de dónde podrían hacer más daño. Quise hacerte dudar de ti mismo.
Suspiró, al tiempo que intentaba incorporarse en el lecho, ya no podía contener las lágrimas, que discurrían silenciosas por sus mejillas. Extrañamente, fue la chica la que acudió a ayudarla, mientras Josh la contemplaba en hosco silencio.
–Te obligué a elegir entre él y yo, y maldita sea mi alma, te quedaste conmigo. Pero ya no volviste a ser el mismo, ninguno de los dos lo fuimos. –se inclinó hacia él para acariciarle el rostro, pero aquellos ojos ya no la veían.
–Apenas un par de agónicos y desperdiciados años después, te sorprendí en mi habitación. Te habías puesto mi vestido largo estampado y los zapatos azules de tacón. No sé quién te enseñaría a maquillarte, ojalá hubiera sido yo, y tampoco sé de dónde sacaste la peluca castaña, pero te vi moverte frente al espejo, brillando en tu intimidad, hermosa y radiante como la mujer que siempre fuiste.
–Y te odié, con toda mi asquerosa y podrida alma. Entré gritando e insultando, hasta te golpeé; no recuerdo bien con qué te amenacé…
A la mañana siguiente ya no estabas. De eso hacen ya casi ocho años.
Josh ni siquiera reaccionó, se encontraba en un estado de total ausencia. Sin embargo, la chica sí que la interrogó:
–¿Tanto te avergonzabas de tu hija? ¿En algún momento te paraste a pensar en que para ella era infinitamente peor? La transexualidad sigue siendo aceptada a regañadientes por la mayoría. ¿Tienes idea de a qué infierno arrojaste a tu hija, de lo profunda y sangrante que es una herida semejante? –le reprochó.
Selina la miró a los ojos (qué terriblemente familiares eran), y asintió.
–Algo sé del dolor, del rechazo y la pérdida de uno mismo. Sin embargo, a la hora de la verdad, de nada me sirvió arrastrar todo ese equipaje. Y no, no me avergonzaba de ella. –cogió aire una vez más. Respirar era cada

vez más costoso, pero tenía que acabar de explicarse, era lo único que sabía.
"Confiesa", le repetía una y otra vez una voz en su mente.
–Mi padre anuló a mi madre hasta el día de su muerte. No estoy segura de si alguna vez la escuché dar su propia opinión sobre cualquier cosa, por anodina que fuera. Conmigo no fue mucho mejor, el menosprecio que mi padre me demostraba era mi pan ácimo de cada día, mientras madre miraba y callaba. Nunca tuvo para mí una palabra de ánimo o consuelo, se limitó a darme lo mismo que a ella le entregaban. Y mi matrimonio fue incluso peor, hasta el punto en que casi me costó la vida. Hasta el día en que las circunstancias me liberaron. Ni siquiera se debió a mi propio esfuerzo, no puedo ni debo apuntarme ese tanto. Cuando nació mi bebe y me dijeron que era un niño, respiré aliviada. Al menos él viviría fuera de ese maldito círculo de humillación y se ahorraría mil y una dificultades. La vida de un hombre puede ser dura, pero nadie te va a tocar el culo en la oficina o a pedirte que lleves escote en el juzgado. En mi último trabajo antes de casarme, de camarera en un restaurante, el dueño se ofreció a llevarme a casa una noche y acabó masturbándose delante de mí. Tenía 16, casi 17. Y ni siquiera fue la primera vez que me ocurría algo semejante. Un hombre no tendría esos problemas, ya intentaría yo que fuera una buena persona.
–Y al ver que tu hijo actuaba y se sentía como mujer… –comenzó la muchacha.
–Me volví loca. Irracional. Porque no entendía que nadie quisiera pasar por todo lo que pasé yo o cualquiera de las que fueron silenciadas antes de mí. Y terminé por hacerle lo mismo a él… a ella. Me convertí en mi padre. Tal palo, tal astilla. –asintió Selina, cogiendo la mano del enmudecido Josh –. No eres mi hijo, solo la sombra de mi equivocado anhelo. Perdona a tu errada madre, donde quiera que estés.
La figura de Josh comenzó a desvanecerse poco a poco, al tiempo que el entorno perdía luminosidad y se enfriaba.
–¿Y ahora qué? –suspiró Selina, mirando a Amanda a los ojos.
–Ahora tendrás que volver a aprender a vivir, a quererte y a sentirte de verdad orgullosa de ser mujer. Has ayudado a muchas chicas a lo largo de los años, pero me temo que no has seguido ni uno solo de tus consejos y vives con el alma mutilada.
–¿Y después? –dijo Selina, contemplando las nubecillas que surgían de su aliento. Se cubrió los hombros con la sábana, pero no notó alivio. La oscuridad ya era casi absoluta, hasta Amanda comenzaba a desvanecerse en ella.
–Después… –le sonrió por primera vez la muchacha –. Después de eso, búscame, mamá.
***
Selina despertó tendida sobre un suelo sucio y helado que apestaba a óxido y a serrín mojado. Abrió los ojos con precaución, aguzando los sentidos. No había rastro de sus captores ni de las otras personas que recordaba a medias ver tiradas en el suelo cerca de ella. La base del cráneo le palpitaba con insistencia y, al pasarse la mano por la misma,

percibió un bulto y restos de una sustancia húmeda y pegajosa. Se sentó en la penumbra de aquel lugar desconocido y se contempló los dedos.
"Sangre"
Cerró de nuevo los ojos, recordando apenas algunos retazos confusos de su secuestro y aquella especie de ritual, cuando el rostro de la chica acudió a ella sin esfuerzo, como si estuviera grabado a fuego en su memoria. Sus ojos, sus gestos, sus rasgos, ¡todo!
Comenzó a reír bajito, pero tenía ganas de gritar de puro júbilo pese a lo peligroso de su situación.
–Era mi hija, maldita sea, ¿cómo pude estar tan ciega? –dijo, poniéndose en pie. Examinó su entorno con detenimiento, hasta que encontró lo que buscaba. Caminó con cuidado de no hacer demasiado ruido, hasta una de las ventanas exteriores de la fábrica o lo que fuera donde estaba. La luz de la luna se había reflejado en algo durante un segundo...
"Sí, aquí estás", pensó mientras extraía un afilado trozo de cristal roto del marco de madera semipodrida. Se arrancó un pedazo del faldón de su camisa y lo usó para envolver la base del mismo, a modo de mango.
"Perfecto", asintió con satisfacción sujetándolo como un puñal frente a sus ojos. Ya tenía un arma con la que intentar, al menos, defenderse.
"Ahora, mejor salgo de aquí antes de que mis secuestradores regresen".
Capítulo 4
LA PIEL DEL CORDERO
Abrió los ojos y al segundo se incorporó, levantándose del suelo con la elasticidad de un felino y produciendo apenas un rumor de tejidos que se rozaban. Se quedó de pie, atento a cualquier indicio de movimiento o sonido fuera de lugar. Advirtió de inmediato la ausencia de los cuerpos de sus rehenes y, por un instante, temió que aquellos seres que se disputaban el sacrificio hubieran partido con ellos sin realizar trato alguno con él.
"No, es del todo imposible", se recordó a sí mismo. Esa lección se la había aprendido bien:
"Las reglas no pueden ser rotas ni obviadas por ninguno de los negociadores, así son las leyes que rigen el mundo oculto. Hasta el Infierno necesita de certezas"
–Certezas… –pensó con sarcasmo –. ¿Poseo alguna ahora mismo?
Algo llamó su atención, un retazo de tela blanca depositado cerca de sus pies. Se inclinó a examinarlo, ahogando una maldición cuando lo sostuvo en sus manos.
"Mi venda", se dijo llevándose las manos al rostro, de forma automática. No había advertido que ya no la llevaba puesta al despertar. Se había dejado llevar por los nervios debido a la inesperada situación, y no estaba prestando la debida atención al entorno, centrándose solo en lo más evidente. Se esforzó en controlar mejor su respiración mientras continuaba agachado, recorriendo en círculos los alrededores con la mirada. Se imaginó a sí mismo yaciendo inconsciente en el suelo del interior del círculo de invocación y llegó a la conclusión de que no se había caído sola.

"Demasiado separada de donde se encontraba mi cabeza, alguien ha debido de retirarla y dejado caer después".
Cerca de donde tenía apoyada su mano izquierda, el suelo le devolvía el brillo de la luz de las velas en forma de diminutos reflejos de humedad. Pasó los dedos por encima y lo olió, limpiándose la mano después en el pantalón.
"Orina"
Ni el demonio ni el otro ser deberían haber sido capaces de atravesar el círculo y caminar hacia donde se encontraba Piedra, así que eso solo dejaba como candidatos a sus desaparecidas víctimas. Una de ellas debía de haberse liberado y reunido la suficiente entereza como para acercarse a él y contemplar su rostro. Se alzó y caminó hacia donde había depositado al que iba a ser el primero de sus sacrificios humanos, moviendo un poco la lona con el pie para examinarla. Además de a agua y cloro, apestaba a orines. Aquel tipo pequeño e histérico que no cesaba de gimotear parecía ser el único que se había liberado por sí mismo. De alguna manera había conseguido rajar la resistente tela desde el interior.
"Debí registrarlo mejor, buscar algún arma o cuchillo" …
EL CUCHILLO.
No estaba, el arma que tenía dispuesta para el ritual de sacrificio, había desaparecido. La caja metálica que contenía las cenizas de su pequeño, sin embargo, permanecía aún en el mismo lugar. La recogió con suma delicadeza, casi como lo harías con un bebé dormido y se interrumpió a medio camino de guardarla en la mochila roja. Algo iba mal. Demasiado liviana. La volvió a dejar en el suelo, con las manos ligeramente temblorosas. Y la abrió.
Permaneció un largo minuto contemplando el interior, sudando frio y con los mandíbula tan apretada que el color huyó de su rostro. Después, la cerró con lentitud y, ahora sí, la guardó en la bolsa.
Reparó en ese momento en el escozor que sentía en el cuello y, al pasar la mano, la retiró manchada de sangre. Tenía un corte poco profundo próximo a la yugular.
"Un aviso. Sabe quién soy y ha querido dejar claro que sigo vivo porque él lo ha querido así", razonó, poniendo coto a su ira a duras penas.
–Pero yo también te conozco a ti –dijo en voz baja, poniéndose en pie, con la mochila en la mano –. Y vas a tener tiempo de arrepentirte por no haberme matado cuando podías.
El hombre llamado Piedra se alejó con pasos silenciosos de la sala iluminada por las velas, adentrándose en la oscuridad.
***
Un hombre gritaba de dolor y golpeaba el suelo con un puño, mientras otro se afanaba por improvisar un vendaje y taponarle la hemorragia que sufría, pero no se lo estaba poniendo fácil.
–Charles, si no te callas y te mantienes inmóvil un rato, no voy a poder hacer nada, maldita sea –le dijo sujetando la cabeza del herido con unas manos cubiertas de sangre. Este logró enfocar su mirada a duras penas en él y asintió, con el rostro sudoroso y sucio, demudado por el atroz

dolor que procedía de la ausencia de dos de sus dedos de la mano izquierda.
–Lo intento, lo intento –acertó a contestar casi sin aliento,
–Mantén la mano por encima del corazón –le dijo el otro hombre, mientras componía un apretado vendaje sobre los desiguales muñones sangrantes.
"Malo", pensó.
"Si no consigo detener la hemorragia, entrará en shock en breve, y entonces sí que estaremos en problemas"
Aquello era cualquier cosa, excepto un corte limpio. Lo que restaba de los apéndices amputados era una masa irregular y deshilachada de carne y tendones arrancados. Al fin, la hemorragia remitió y Charles cabeceó, adormilado.
Mark, que así se llamaba su compañero, lo observó preocupado. Si lo dejaba dormir, era posible que no despertara, pero él también se encontraba agotado y casi al límite de sus fuerzas y se dejó caer pesadamente a su lado.
"¿Qué serán esas cosas, joder?, no nos dejan salir de aquí"
Aquel había sido su último intento por alcanzar la zona exterior de la valla que rodeaba el recinto, y casi se habían dejado la vida en él.
Llevaban días atrapados en aquel infierno. Sin agua, sin comida ni comunicación con el exterior… si es que fuera había algo. Mark comenzaba a dudarlo, con sinceridad. Recordaba despertar en una sala, inmovilizado; con el rostro pegado al suelo y un maldito corte en la frente, escuchando una conversación entre, al menos, tres personas sobre algo relativo a un sacrificio.
Movió la cabeza a un lado y a otro. Sería efecto de la droga que le inocularon para secuestrarle. Aquellos recuerdos no tenían ni pies ni cabeza. Salvo uno, el que tenía de contemplar el rostro desencajado de Charles (entonces aún no conocía su nombre), observándole desde el interior de lo que parecía ser una alfombra vieja enrollada alrededor de su cuerpo y sujeta por gruesos alambres.
Después, sobrevino de nuevo la inconsciencia y el posterior despertar en la penumbra de aquel lugar. Caminó durante horas por pasillos y escaleras que no parecían ir a ninguna parte, revisando habitaciones que, o bien no contenían nada, o almacenaban elementos de lo más diverso e inútil en sus circunstancias.
–¿Crees que lograremos salir de aquí algún día? –oyó preguntar a Charles muy bajo.
Mark suspiró de alivio al verlo consciente y algo más calmado. Aunque le planteara por enésima vez aquella pregunta.
–Claro que sí –le contestó por inercia.
"Y una mierda saldremos", se oyó exclamar a sí mismo en el interior de su cabeza.
–Sólo tenemos que ser más rápidos la próxima vez. O encontrar una forma de distraer a esas cosas. –continuó sin demasiada convicción.
Charles se incorporó temblando y entrechocando los dientes.
–Tengo frío.

"Joder"
–Estás entrando en shock –dijo Mark levantándose y sujetándole de un brazo para obligarlo a alzarse.
–El refugio está cerca, allí quedaron las mantas.
"Mantas… más bien unos raídos y viejos sacos de tela que recuperamos de una de esas estúpidas habitaciones".
Mientras caminaban de forma penosa hacia ese lugar, una idea cobró entidad en la mente de Mark.
–Escucha, acabo de recordar algo que vi en una de esas salas. Creo que sé cómo llegar. Si estoy en lo cierto, podría intentar cerrar esas heridas tan feas e irregulares y conseguir que sangres menos –le explicó a Charles.
"Aunque igual te proporciono unos tétanos o cualquier otra forma peor de infección, si es que los dientes de esa cosa no te la han producido ya".
Charles asintió consciente a medias.
–Lo que sea… lo que sea.
***
No se encontraba en la vieja fábrica, al menos no exactamente, eso Piedra lo tenía claro desde el momento en que dejó atrás la sala iluminada por aquellas velas sacrílegas. Los pasillos podían ser similares, al igual que las escaleras y parte de la estructura y distribución de aquel lugar. Pero eran interminables, absurdos y enrevesados y, desde luego, apenas familiares. Se trataba tan solo de una imitación bastante aproximada, con un buen número de licencias creativas de nuevo cuño.
"Esto es una trampa para ratones, un laberinto con un acertijo en su fondo. Algo propio de los demonios de alto rango"
Las palabras de Malcolm resonaban en su cabeza:
"–Es tradición, ¿sabes? Soy aficionado a respetar las antiguas formas".
–Por supuesto –susurró mientras ascendía otra vez por unas ennegrecidas escaleras metálicas –. Búsquedas, pruebas y laberintos son recurrentes en los mitos más antiguos. ¿Acaso Teseo no fue uno de los primeros cazadores de monstruos?
Se detuvo un segundo. Creía haber escuchado unos pasos muy leves a cierta distancia detrás de él.
Nada.
Posiblemente lo había imaginado. La acústica en aquel lugar era extraña y cambiante, como si el material real que formaba las cosas de su entorno fuera en realidad distinto a lo que percibía por sus otros sentidos.
"Entonces", continuó reflexionando, *"estoy buscando a mi monstruo, al Minotauro al final de este camino". "¿Será este el juicio del que hablaban aquellos seres?, ¿el juicio por las armas, un juicio por combate?".*
Una sensación acuosa y resbaladiza al dar el último paso, lo sacó de su abstracción y, al inclinarse a comprobar qué era, descubrió que se encontraba de pie en medio de un enorme charco de sangre semi coagulada. Salía por debajo de una puerta que casi le había pasado inadvertida, pues carecía de pomo aunque no de cerradura. Su forma se confundía casi con la pared, ambas pintadas del mismo tono de gris azulado, apagado y triste, que coloreaba cuanto veía en aquel lugar.

No necesitó tocar la sangre para advertir que llevaba tiempo allí. La suela de los zapatos se adhería a ella como si fuera chicle. Tiempo, pero no tanto como para secarse por completo.
Observó la cerradura con ojo experto y, arremangándose, dejó a la vista una en apariencia inocente muñequera de cuero con un reloj en ella, pero que al despegar los velcros que la aseguraban a su brazo, revelaron ganchos y ganzúas. Las herramientas de un ladrón.
Manipuló la cerradura durante unos segundos y la puerta se abrió con un apagado chasquido al retroceder el pestillo.
Se deslizó al interior con precaución, alejándose de la puerta para que su silueta no se dibujara contra la entrada, quedando en cuclillas a un lado mientras sus ojos se acostumbraban a una oscuridad mayor que la penumbra que reinaba en el resto del recinto.
No era una habitación demasiado grande. Al frente, una mesa cubierta de papeles y polvo junto con una silla de oficina de cuero negro desgastado que al menos databa de los setenta. Un examen superficial a las marcas en el polvo del suelo, le reveló que alguien la había desplazado. Había pisadas alrededor de ella y una marca más amplia, como si se hubiera arrastrado algo grande.
"Sin embargo", pensó, *"hace un tiempo de esto, porque el polvo se está volviendo a acumular sobre las marcas".*
Entonces, reparó en la leve iluminación que de repente se percibía en el lado derecho de la habitación. Aquel cubículo tenía forma de ele, así que se asomó con precaución a la esquina donde se introducían las huellas y continuaba el rastro de sangre coagulada. Estaba cubierto aquel lugar con una gruesa cortina que algún día pudo ser blanca. La desplazó con cuidado, usando dos dedos, y echó un vistazo.
–Pero qué coño… –se le escapó la imprecación por lo bajo, al tiempo que se introducía en aquel espacio.
Colgados de la pared, unos paneles sneller para el examen de la vista manchados de sangre, le aguardaban. Imposiblemente iluminados aunque, atendiendo a la verdad y a la exactitud, en realidad se encendían y apagaban de forma intermitente, como si las bombillas estuvieran flojas o fallando. Bajo aquella tenue luz anaranjada, observó cómo la sangre había goteado al suelo desde una camilla de hospital, tendido sobre la cual se encontraba un cuerpo humano con el estómago abierto y los intestinos desparramados a ambos lados del mismo. Colgaban como macabras guirnaldas de carne en la fiesta de cumpleaños más salvaje del mundo.
Piedra se acercó, subiéndose el pañuelo del cuello para cubrirse la nariz pero, de forma asombrosa, no hedía demasiado pese a su avanzado estado de descomposición.
"Le conozco", pensó abriendo mucho los ojos al contemplar el rostro del cadáver.
Era una de sus futuras víctimas, uno de sus sacrificios.
–Marco Rovira, empresario del año, hijo predilecto de la ciudad y aclamado ciudadano de pro. De los que no faltan ningún año a su cita con los donativos para el preventorio infantil. Gran hombre y pilar de la comunidad –dijo con voz ronca Piedra.

–Por eso te elegí, ¿no? –continuó, al tiempo que intentaba cerrarle los ojos sin éxito. Demasiado tiempo muerto ya, los párpados insistían en mantenerse abiertos. El rostro del difunto era una máscara de dolor y espanto.
En cambio, su mirada fue atraída hacia una de las paredes laterales. Alguien había escrito un mensaje con la sangre de aquel tipo:
LO RECONOZCO TODO.
–Has muerto tal y como viviste en realidad, un ser sin entrañas. Alguien más, aparte de mí, te conocía en este lugar. A tu auténtico yo. –susurró mientras acababa de examinar el cuerpo. Era obvio que lo habían torturado durante horas antes de destriparlo como a un pez. Ni siquiera conservaba las uñas de las manos.
"Pero ése no es el problema, ¿no?"
El problema era el estado del cuerpo. La línea de tiempo. El cadáver llevaba días allí. Ni minutos ni horas. Días. Y eso no era posible. Él no podía haber estado inconsciente, tirado en el interior del círculo de invocación, tantísimo tiempo; mientras alguien torturaba y asesinaba a aquel tipo con total impunidad.
"Alguien no. Ha sido él, y lo sabes. Ahí, falta carne"
En cuanto al tiempo… por lo que sabía, bien se podrían encontrar en alguna parte del Infierno y allí no se iban a respetar las leyes naturales. Alzó el reloj, por curiosidad, y observó cómo las agujas vibraban, saltando hacia atrás y hacia adelante, como si no se decidieran a avanzar. Se bajó la manga y lo tapó. Las implicaciones de todo aquello le daban dolor de cabeza, pero el factor tiempo quedaba obviado y aparcado por el momento. Era un dato por completo inútil.
"Caza al monstruo, recupera a tu hijo. Todo lo demás no importa"
Entonces escuchó el estallido de cristales rotos a lo lejos y, después de unos segundos de indecisión, se lanzó a correr en aquella dirección.
***
Selina se arrastró como pudo sobre aquel campo de minas de vidrios cortantes en que se había convertido la vieja ventana de madera y cristal, al lanzarse y atravesarla ella desde el exterior. Se apartó cuanto pudo del marco roto, justo a tiempo de evitar el tremendo impacto que produjo un apéndice semejante a una gigantesca pata de araña, al golpear el lugar que había ocupado su cuerpo en el suelo unos instantes antes. La pata se quebró contra el metal del suelo, lo que se tradujo en un monstruoso chillido, casi humano, de dolor y locura. El miembro herido desapareció por la ventana y Selina permaneció encogida junto a la pared, escuchando como se alejaba aquel ser; extrañada pero agradecida, de que no insistiera en penetrar en el edificio.
Sus manos fueron de forma inconsciente a la zona del bajo vientre, y suspiró mientras recordaba las últimas horas vividas.
Al principio, se había limitado a vagar por los pasillos, intentando encontrar alguna salida de aquel recinto y poder alejarse de él de la forma más discreta posible. Llegar a la población y alertar a las autoridades, ese era todo su plan. Hasta que comenzó aquella sensación, esa comezón en la nuca que le hacía detenerse y girarse a cada momento, convencida de

que alguien le estaba siguiendo, amparado en la penumbra y las incontables esquinas y dobleces de los pasillos que iba dejando detrás de ella. En más de una ocasión, había regresado sobre sus pasos, sigilosa y con el cuchillo de vidrio en alto, para aguardar inclinada detrás de alguna esquina o recoveco. A la espera de su supuesto perseguidor. Pero al final, nadie se presentaba y desistía de continuar emboscada.
Pero la sensación persistía, así que, en la primera sala donde halló ventanas al exterior, resolvió saltar a la grava que rodeaba el recinto. Caminar por ella le incomodaba, porque le daba la sensación de que sus pasos se oían a gran distancia, al tiempo que le impedían escuchar si alguien se aproximaba. De cualquier forma, recorrió ligera la distancia que separaba la construcción del brumoso bosquecillo vecino, donde pensó que sería más fácil pasar desapercibida o incluso emboscar a su agresor.
Pronto se dio cuenta de su error. Apenas llevaba unas decenas de metros avanzados entre la espesura, cuando escuchó algo similar a un aullido lejano que le puso los pelos de punta y la paralizó en donde se encontraba. Aguardó, con el corazón martilleando en las sienes y el alma en vilo, y otros aullidos se sumaron al primero, cada vez más cerca.
"¿Lobos?, ¡nunca han existido lobos en esta comarca!", pensó al tiempo que comenzaba a examinar los árboles cercanos. Encontró uno, anciano venerable del bosque con un grueso tronco y ramas accesibles que le permitieran trepar a lo alto con facilidad, e inició el ascenso. Ya se escuchaban algunos gruñidos cercanos y el sonido de matorrales agitados y patas golpeando la tierra, pero continuaba sin ver nada a través de la espesa niebla que lo cubría todo. Se acomodó tendida sobre una gruesa rama a casi cuatro metros de altura, conteniendo el aliento y achicando los ojos en un vano intento de divisar a aquellos animales.
"Oh, Dios mío. Esto no puede ser real"
Una súbita ráfaga de aire había despejado en parte el espacio situado a los pies del árbol donde permanecía encaramada, y había vislumbrado a una enorme bestia de pelo largo y negro. Tendría el tamaño aproximado de un mastín grande y unos colmillos de enorme tamaño a juego, pero lo inquietante era la cabeza del animal. Pese al alargado hocico, el resto de su morfología facial era casi por completo la de un ser…
"Humano, tiene rostro humano".
"Tienen", se corrigió al ver que se le unían cuatro o cinco ejemplares más, que comenzaron a olisquear en las proximidades del árbol.
Con el rostro desencajado por el horror y la incomprensión, se aferró a la rama con todas sus fuerzas, rezando porque no fuera visible desde el suelo y que la tupida copa la protegiera del escrutinio de aquellas cosas ultraterrenas.
Por su cabeza pasó la enloquecida posibilidad de haber fallecido en su encuentro con Miguel, hacía ya tantos años, y que ahora se encontrara atrapada en alguna especie de purgatorio. Incluso barajó encontrarse sumida en un coma en el hospital, merced a las fracturas múltiples de cráneo que éste le causó. Porque aquello no podía pertenecer al mundo que conocía.

Un gruñido la sacó de su ensoñación. Uno de los animales la había descubierto y se erguía sobre sus patas traseras, apoyando las delanteras en el tronco y enseñando los colmillos mientras revelaba al resto de la manada su posición. Comenzaron a saltar y a producir aquellos extraños sonidos, mitad ladrido, mitad aullido, con un timbre peculiar que recordaba a la voz humana. Casi como si fueran personas impostando los sonidos de un animal.

De pronto, los cuatro metros de altura le parecieron poca distancia al ver la facilidad con que se elevaban en sus intentos de alcanzarla, así que se arriesgó a subir aún más. Se encontraba manteniendo un precario equilibrio, en pie sobre la rama, cuando algo descendió sobre la jauría a gran velocidad, ensartando a uno de ellos por la mitad y produciendo un bestial crujido al seccionarle la columna vertebral. El tremendo animal comenzó a aullar de forma lastimera. Los demás se encogieron a su alrededor, acobardados y silenciosos, mientras observaban como aquella especie de lanza izaba a su aún vivo compañero, a alturas superiores a la de las copas de los árboles. Unos chasquidos, y los aullidos cesaron abruptamente, al tiempo que una lluvia de sangre y fragmentos de carne descendía sobre el resto de la manada. Selina se apoyó contra el tronco del árbol, intentando ver o imaginar que fuerza o criatura había sido capaz de semejante hazaña. El resto de los extraños lobos, comenzaron a escapar despavoridos en diferentes direcciones, pero los gritos de dolor en las proximidades, le indicaron a Selina que no estaban teniendo demasiado éxito en su huida y que la gigantesca criatura no estaba sola. Allá en lo alto, el sonido de deglución por fin se detuvo y ella contuvo el aliento, rezando porque aquello, fuera lo que fuese, hubiera quedado satisfecho y no estuviera advertido de su presencia.

Durante un largo minuto no sucedió nada. Salvo los lejanos sonidos de algún superviviente herido aullando al viento su desgracia, nada se escuchaba ni se movía en el bosque.

Entonces, algo comenzó a gotearle sobre la cabeza, una sustancia caliente y viscosa. Le quemaba en los ojos y en la nariz y se la sacudió de un manotazo. Al alzar la vista, descubrió, observándola con extrañeza a través de la cima del árbol, a una criatura gigantesca similar a una araña, pero con un único ojo enorme, de cuya boca abierta se derramaba aquel líquido.

Selina se dejó caer por el tronco con un grito, dañándose las manos y rasgando la tela de sus pantalones al intentar deslizarse con rapidez hasta la base. Aterrizó con torpeza y demasiada fuerza, golpeándose en la cabeza y quedando semi aturdida en el suelo.

Vio al monstruo aproximarse, rodeando el árbol. Sus patas, gruesas como mástiles de acero y culminadas en una increíble y afilada uña que hendía la tierra, se doblaron flexibles cuando el cuerpo principal descendió sobre ella y su gran ojo la miró con intensidad.

Selina apenas se movió. Le costaba pensar y solo era consciente del calor que sentía de repente. De lo duros que se habían puesto sus pechos y de un insistente y molesto latido en la entrepierna.

El vientre de aquella cosa se abrió en dos mitades y algo comenzó a bajar, aproximándose a ella. Parecía un hombre, o quizá alguna vez lo fue, antes de quedar unido a esa cosa arácnida. Carecía de cabello y la piel era tran slúcida, de tal manera que se podía ver la sangre bombeando por sus venas. Era como un apéndice más de aquella cosa, a la que continuaba unido por una musculosa membrana en su espalda, similar al pie de un molusco bivalvo, y que lo mantenía sujeto en el aire sobre ella. Acercó su rostro solo vagamente definido al de Selina y, sujetándola con algo semejante a unas manos de tres dedos, la besó. Y se dio cuenta de que aquello no la había mirado a través de las ramas con curiosidad o extrañeza, sino con lujuria.

Selina se tensó, intentando romper el contacto, pero una parte de ella no quería hacerlo. Le estaba empujando más de ese líquido caliente y picante de antes por la garganta, y su cuerpo reaccionaba con furor y ansia, sacudiendo sus caderas de forma convulsa e incontrolable. Aquel remedo de hombre desplegó dos pequeños brazos de insecto desde sus costillas, y Selina se estremeció de dolor y placer cuando le cortaron tela y piel, dejándola semi desnuda de cintura para abajo. El beso se interrumpió y, para su sorpresa, se encontró deseando más. Bajó la vista y el hombre arácnido estaba desplegando algo sospechoso, parecido a un pene, en la zona donde hubiera tenido la pelvis si sus piernas se diferenciaran del resto de aquella masa muscular.

Selina se estremeció, anticipando lo que iba a venir. Así había sido con su marido al principio, antes del matrimonio. Cuando el deseo previo y su morbo de neófita eran casi tan buenos como lo que venía después…

"¿Después?", parpadeó Selina, súbitamente fría y al control.

"¿Las humillaciones, las palizas, el sexo por obligación porque estando casados no era violación?", rechinó los dientes mientras sus recuerdos y la vieja ira, regresaban y se imponían a los efectos de la droga de aquel ser. Breves habían sido sus días de felicidad pre conyugal, antes de que su marido se arrancara la máscara y mostrara su verdadero rostro. Su mano derecha se movió con lentitud, acercándose al bolsillo trasero de lo que quedaba de su pantalón.

"No estés roto, no estés … ¡Sí!", sintió un súbito arrebato de euforia y adrenalina cuando consiguió asir el afilado cristal, de milagro intacto pese a la caída.

El miembro gelatinoso de aquel ser rozaba ya su sexo, buscando acceder a su interior, así que, sin dejar de mirarlo a los ojos, Selina le pasó una mano por la nuca, sujetando su cabeza, y con la otra le clavó el cristal en el cuello, abriéndole una herida desde la oreja hasta la clavícula.

Sangre de un rosa casi desvaído se precipitó sobre ella, que no pudo evitar tragar un poco, mientras aquella cosa convulsionaba y se desangraba emitiendo gritos demasiado humanos como para sentirse cómoda con lo que había hecho.

El arácnido intentaba replegar al humanoide herido de nuevo a su interior, pero no lo lograba. Selina se encontró de súbito esquivando patas de otras criaturas similares, que acudían atraídas por los gritos de dolor de su asaltante. Sin embargo, no se acercaban para auxiliar a su semejante.

Una de ellas, algo más pequeña, capturó la mitad inferior del humanoide translúcido con sus mandíbulas, y lo seccionó de una limpia dentellada, causando que los alaridos de dolor de la primera araña, arreciasen.
Selina corría tan rápido como podía de regreso a la vieja fábrica, lanzando de tanto en tanto miradas al dantesco espectáculo de canibalismo. Una araña rezagada al banquete, pareció encontrarla a ella más interesante, y la persiguió a través del claro cubierto de grava, hasta que Selina se lanzó a la desesperada a través del cristal de la ventana.
De regreso al momento actual y sujetándose el bajo vientre que el pantalón desgarrado ya no conseguía ocultar, se aproximó con cuidado a la ventana para confirmar que su acechadora había desistido realmente. La vio alejarse, cojeando, en dirección al bosque y las brumas.
Entonces, solo entonces, Selina se permitió relajarse y comenzó a vomitar aquel líquido rosado, arcada tras arcada. Mientras, el dolor y los calambres la atravesaban por los continuos e incesantes orgasmos involuntarios causados por la toxina de aquella cosa.
Amparado en la oscuridad y el silencio, el hombre llamado Piedra la observaba. Después, regresó a la habitación donde se encontraba el cadáver, e hizo dos cosas:
Una, cambiar una parte de su vestimenta por la del muerto. Si el resto de los *"sacrificios"* continuaban allí, el blanco de su atuendo lo delataría como al secuestrador. De los cuatro que restaban con vida, tan sólo uno de ellos le había visto con el rostro al descubierto y podría reconocerlo.
Y dos, arrancar la cortina del rincón y dejarla a la salida de la habitación donde descansaba aquella mujer, donde pudiera verla. Al menos tendría algo con lo que cubrirse.
Después, continuó su camino, buscando unas marcas en las paredes que sólo sus ojos sabrían distinguir… si las encontraba.
Capítulo 5
LA CUALIDAD DEL POLVO
Mark empujó la puerta con el hombro y esta cedió con un chirrido, al tiempo que se levantaba una nube de polvo procedente de los marcos de la misma. Era la tercera que abría en aquella planta, sin encontrar lo que buscaba. Había estado tan seguro de ser capaz de volver a localizarla… su memoria era excepcional y buena para los detalles, y eso le estaba ayudando a sobrevivir en aquel entorno confuso y, en ocasiones, cambiante.
"Y ahora no encuentro la maldita habitación"
Calculaba que había vagado por aquellas instalaciones durante, al menos, dos días completos antes de toparse con un confundido Charles a la vuelta de una esquina. Al principio, solo buscaba huir. Después, localizar refugio y alimento o agua se había convertido en algo vital, y fue entonces cuando comenzó a registrar cada habitación con la que se encontraba. En una de ellas, recordaba haber sostenido en sus manos y descartado el material que ahora necesitaba, pero le estaba costando localizar la puerta correcta.
–Se mueven, adelante y atrás… –susurró Charles, al que casi llevaba en

vilo sujeto a su cuello. Lo cual era toda una hazaña, teniendo en cuenta la baja estatura de Mark.
–¿Qué? –le interrogó sin mucho afán, mientras casi lo llevaba a rastras hasta la siguiente puerta, una decena de metros más allá. Hacía rato que tenía la sensación de que Charles deliraba, pese a que su cuerpo seguía helado y no parecía tener fiebre.
–Todo aquí va adelante y atrás, adelante y atrás. –comenzó a reírse su compañero con la boca torcida. Ni siquiera abría los ojos.
"¿La mordedura de aquellas cosas sería venenosa?", pensó, mientras lo observaba de reojo con preocupación.
Dio una patada a la siguiente puerta, con la consiguiente nube de polvo, y entró, decidido al menos a descansar un poco en aquel cuartucho.
"Mira por donde", se dijo mientras depositaba a su compañero en el suelo, apoyado contra una pared.
No era la habitación que buscaba, ésta era mucho más grande y tenía un ventanal casi intacto al fondo. Habían amontonadas allí pilas y pilas de trastos, pero lo que le había llamado la atención eran las viejas máquinas de coser con pedal arrinconadas en un lateral. Se acercó a ellas y las examinó, asintiendo con la cabeza al tiempo que se guardaba algo en los bolsillos. Después se abrió paso entre los muebles mal apilados y las cajas de cartón repletas de papeles, hasta una vieja lámpara de carburo que coronaba un estante de caoba. La agitó con precaución, oyendo golpear algo en su interior.
"No me lo puedo creer"
Regresó junto a Charles, que lo observó con ojos entrecerrados y febriles.
–Parece que te haya tocado la lotería –le susurró el herido.
Mark asintió, inclinándose a su lado y enseñándole sus hallazgos:
–Aguja, hilo y una lámpara de acetileno con una piedra de carburo intacta en su interior.
–Vas a coserme las heridas –dijo Charles con un estremecimiento, que Mark no supo si atribuir al shock por la pérdida de sangre o a la anticipación al dolor que la intervención le causaría.
–A coser y cauterizar. Si todo va bien –le contestó poniéndose en pie de nuevo, tras desmontar el depósito superior de la lámpara.
–¿Qué, qué haces? –le interrogó Charles al verle bajarse la bragueta del pantalón y apartarse al otro lado de la habitación.
–El carburo de calcio necesita de agua para generar gas. –comenzó a explicar Mark mientras se oía un siseo metálico y ruidos de salpicadura –. Y no tenemos agua.
***
Agua.
Un aljibe de piedra rectangular repleto de agua en apariencia fresca y clara, al pie de un gigantesco e inesperadamente bello… árbol. Eso era lo que Piedra había encontrado en aquella enorme sala, más similar a un hangar para avionetas que a una nave industrial. El hierro y el cemento del suelo habían cedido bajo el empuje de aquellas enormes raíces y algo semejante a la hierba cubría buena parte de la superficie, pero cuando se

agachó para tocarla, encontró que tenía el tacto carnoso. Curioso, arrancó una brizna, para retroceder de un salto al ver la reacción resultante.
"La curiosidad mató al gato, idiota", se reprendió a sí mismo en silencio, aunque, por algún motivo, fue la voz cascada de la vieja monja la que oyó.
Se acercó con precaución al líquido, pisando la hierba con extremo cuidado, pero no lo tocó ni bebió pese a que pareciera no haber nada fuera de lo normal. Sentía una sed abrasadora, con seguridad debido a los efectos de la medicación que había tomado para afrontar el ritual con garantías, pero no iba a refrescarse ahí.
Advirtió, con extrañeza, que la hierba no crecía alrededor del agua, pues su crecimiento se detenía a unos tres metros de distancia, marcando un claro perímetro a su alrededor. Ni siquiera una sombra de musgo se apreciaba en la alisada piedra.
"Quizá el agua esté envenenada, razón de más para no consumirla"
Observó a su alrededor y encontró una zona casi a oscuras en la parte alta, cerca del techo a la derecha, a la que debería poder acceder trepando por alguna de las canaletas pasacables que todavía resistían en su sitio.
Un par de minutos después, se encontraba instalado allí arriba en una posición más o menos cómoda, controlando los dos accesos existentes. Detrás del aljibe, una monumental ventana proyectaba una luz azulada procedente del exterior, otorgando a las aguas y a las flores violetas que adornaban el árbol, un halo de magia e irrealidad. Se respiraba paz en aquel lugar.
"Y por eso sé que se trata de una trampa", discurría Piedra en su observatorio. En su cabeza tenía muy presente la imagen de un reportaje recurrente de *National Geographic*, en la que el paciente cocodrilo se abalanzaba sobre su sedienta y desprevenida presa.
–Algo tan apetecible, no puede ser otra cosa que un cebo –musitó –. Veamos si hay suerte, y puedo descubrir al pescador sin tener que picar el anzuelo.
***
Selina se había obligado a ponerse en pie y mantenerse erguida, pero esto segundo le estaba costando casi toda su fuerza de voluntad. Los espasmos estaban remitiendo, pero ahora sentía un dolor tan intenso en su sexo y en la mayor parte de la musculatura del vientre, que dejaba en ridículo a sus viejos dolores menstruales.
A sus pies, se encontraba la cortina con la que se había topado nada más asomarse al pasillo lateral de aquella sala. Ya la había seccionado en varios trozos distintos ayudándose con los dientes y fragmentos de cristal. Uno se había convertido en una suerte de pareo con el que había cubierto su semidesnudez, al haberse visto obligada a prescindir de lo que quedaba de sus pantalones rasgados.
Se enfundó, con tiras de la tela sobrante, el calzado y las piernas hasta casi la altura de las rodillas; en parte para protegerse, en parte para amortiguar cuanto pudiera el ruido de los zapatos al caminar.

Ahora, observaba con curiosidad la monstruosa uña que permanecía clavada en el suelo metálico, próxima a la ventana. Había perforado el hierro con facilidad, pero el resto de la pata del ser arácnido no era, en apariencia, tan dura como su extremo y era la parte por la que había cedido tras el impacto.
Se inclinó junto a ella y puso su brazo al lado.
"Es casi un palmo más larga que mi antebrazo", reflexionó, mientras comenzaba a moverla a un lado y a otro, intentando liberarla. Tuvo que pelear con ella un buen rato, pero al final de su forcejeo se encontró sosteniéndola con ambas manos, sorprendida de lo liviana que era en realidad. La punta era extraordinariamente afilada; atravesar el suelo metálico no la había mellado en lo más mínimo.
"Como una espada o un florete"
–Por qué no –se dijo en voz alta, encogiéndose de hombros. Al cabo de un rato, la tenía sujeta a su brazo derecho con cintas de tela obtenidas de la cortina. Se había vendado el antebrazo, desde el codo a la muñeca, conteniendo en su interior la uña, que asomaba casi palmo y medio tras su puño cerrado. No cometería el mismo error que con el vidrio de la ventana que le había salvado de la araña.
"Si se hubiera roto o perdido, no sé cómo habría acabado... violada y devorada, con toda probabilidad. He tenido mucha suerte", suspiró, aunque esta última idea le pareció risible, dadas las circunstancias.
Movió el brazo armado arriba y abajo, a un lado y a otro y realizó algunas fintas antes de darse por satisfecha con la sujeción. No se caería con facilidad.
–Con esto, al menos me podré defender de los lobos infernales –dijo sin mucha confianza.
"O suicidarte antes de que te atrape otra de esas criaturas", le respondió una voz muy parecida a la suya en el interior de su cabeza. La sacudió, negativa.
–Mi hija está ahí fuera, en algún lugar, y pienso reunirme con ella –se contestó en voz alta, recriminándose a sí misma y poniéndose en marcha –. No voy a morir aquí.
***
Charles había caído en una piadosa inconsciencia al poco de comenzar a coserle los muñones de los dedos. Había sido lo mejor, porque era por completo incapaz de controlar los espasmos musculares producto del dolor que le causaba la punta incandescente de la aguja, cada vez que atravesaba su carne. Una vez desmayado, Mark avanzó mucho más veloz y seguro en su tarea, usando de cuando en cuando la llama del carburo para cauterizar los irregulares cortes.
Ahora se encontraba, de pie y sudoroso, apoyado en el quicio de la puerta, deseando poder fumarse un pitillo por encima de casi cualquier otra cosa en el mundo.
"No aguantaremos mucho así", meditaba vigilando los oscuros pasillos y echando, de cuando en cuando, un vistazo a su compañero. Charles ya se encontraba seriamente deshidratado antes del ataque, y el apenas estaba un poco mejor.

–Es cuestión de tiempo que muramos aquí, en este puñetero lugar salido de la nada –pensó en voz alta, sobresaltándose al escuchar su voz más ronca de lo que recordaba.
"Ninguno de los dos sabemos cómo llegamos a este sitio. A ambos nos sedaron, algo inyectado en la base del cuello, en eso coincidimos."
–Nada a lo qué aferrarse, puta miseria. Ni una sola pista de para qué nos arrastraron a este complejo. Nada en común, ni siquiera un conocido, joder. –tamborileó los dedos, nervioso, en el marco de madera.
Nada. NADA. **¡NADA!**
Sus dedos se detuvieron de repente. Bueno, eso no era totalmente cierto, en realidad. Quizá sí que había un lugar dónde encontrar repuestas o, al menos, algún indicio. Y tampoco es que tuvieran nada mejor que hacer.
Entró a la habitación y sacudió a Charles, sacándole a medias de su sopor.
–¿Qué? –protestó este con debilidad, moviendo las manos delante de él para bloquear la brillante luz de la lámpara que sujetaba Mark frente a sus ojos.
–Ponte en pie, nos vamos –ordenó un inusualmente autoritario Mark.
Charles se apoyó en la pared para alzarse, ayudándose de su mano intacta, mientras contemplaba interrogante a su compañero.
–Vamos a buscar el único punto en común que tenemos tú y yo –dijo Mark.
– **La sala de las velas.**
***
Unos pasos suaves sobre el césped, pusieron en alerta a Piedra en su escondite, donde casi se había dormido.
"Maldita sea esta nave, con su silencio antinatural y la fragancia dulzona de ese árbol", se dijo furioso consigo mismo. Había pasado un buen rato repasando mentalmente el trayecto recorrido y la distribución de los pasillos, y le había parecido encontrar una pauta en todo ello, lo que casi le llevaba a poder entender por qué zonas de la antigua fábrica se había estado moviendo. Al menos su equivalencia, que era lo que necesitaba a la hora de orientarse y poder encontrar su salvaguarda. El plan B, por si todo salía de la peor forma posible, como parecía estar ocurriendo.
Creía ser capaz de orientarse ahora por el recinto, una vez entendida la lógica que lo gobernaba. Salvo por la enorme nave en la que se encontraba ahora. Por muchas vueltas que le diera, no se le ocurría ninguna equiparación razonable en el mundo real, y eso le preocupaba sobremanera. Su presentimiento de que aquella zona era en realidad algún tipo de trampa o señuelo, se había reafirmado.
Los pasos se aproximaban al aljibe. Ágiles, pero no apresurados. Piedra se asomó con mucho cuidado por encima de las tuberías que le bloqueaban la visión, y reconoció al hombre alto con la camisa a cuadros abotonada hasta el cuello, que se había detenido junto al agua.
"Es otro de ellos", pensó con el ceño fruncido. Era tal y como había imaginado. Se encontraba atrapado allí con todas sus víctimas y, aquel, aquel hombre, le era particularmente aborrecible. Todos lo eran, en realidad. Salvo la mujer. Los motivos para elegirla fueron bien distintos y, en las circunstancias actuales, pensar en ella le provocaba cierta zozobra.

"Tendría que haberla auxiliado", se lamentaba. Piedra había llegado a tiempo de ver al increíble arácnido retirarse herido del edificio, renunciando a la mujer. Aquella aterradora visión le proporcionó la información que necesitaba para despejar su mente de las dudas acerca de su ubicación real, pues reconoció al ser gracias a unas vagas descripciones hechas al margen en uno de tantos libros de ocultismo que había consultado. Un acechador de los límites, un cazador silencioso que usaba las brumas para camuflarse y que tenía su hábitat en algún lugar del Segundo Círculo del Infierno. La mujer no lo sabía, pero era el hierro del suelo lo que le había salvado la vida. El hierro era anatema para los moradores de aquel reino. Para la mayoría, al menos.
Sacudió la cabeza, molesto consigo mismo y su inesperada e inoportuna dispersión mental, y regresó a su observación del extraño individuo.
"¿Habrá encontrado refugio aquí? Se mueve con el aplomo del que se encuentra en su casa… quizá llegó aquí hace algún tiempo", intentaba comprender Piedra aquel comportamiento tan natural y calmado.
Entonces, el hombre comenzó a canturrear. Muy bajito en los primeros compases de la extraña tonada, para ir cogiendo fuerza y velocidad después. Declamando en un idioma incomprensible para Piedra pero que le erizaba el vello del cuerpo. Los enormes ventanales del fondo comenzaron a deslizarse en silencio a ambos lados y, en ese instante, Piedra pudo contemplar al fin a su cocodrilo.
***
Selina contemplaba, en horrorizado silencio, el cuerpo destripado sobre la camilla. Sus ojos iban, una y otra vez, de la monstruosa herida al mensaje de la pared, sin acabar de entender su significado.
Alargó de nuevo la mano izquierda para volver a colocar en aquel rostro deformado por el dolor, la venda blanca manchada de sangre que lo cubría cuando lo encontró.
"Tiene que ser él, el secuestrador. Recuerdo que vestía de blanco y se cubría los ojos pero…"
–Hubiera jurado que no tenía ningún hoyuelo en el mentón. –concluyó en voz alta.
"¿Y quién le ha hecho esto?, ¿por qué ese mensaje?... ¿ha sido obra de algún otro tipo de criatura de pesadilla?
–¿O de mi buen samaritano? –se dijo, contemplando la ladeada barra de la cortina. Tenía claro que la tela de su actual vestimenta procedía de allí. Las anillas que quedaban sujetas en ella, eran idénticas al par que se había encontrado enganchadas en la parte superior de la cortina.
–Mucha casualidad fue el hallazgo, demasiado providencial. Tuvo que verme (*casi desnuda*), y regresó aquí a por ellas –continuó en voz baja. Era un vicio que tenía en ocasiones, el de sacar conclusiones en voz alta, lo que la había perjudicado no sabía cuántas veces en el pasado. A los jueces no les gusta que hables entre dientes.
"Eso explicaría el ir y venir de las huellas en el polvo hasta aquí pero…"
–¿Por qué no se dio a conocer, si quería ayudarme? –suspiró, frustrada.
Permaneció allí un rato más, con la mente hirviendo, hasta que se encogió de hombros y alargó la mano hacia el cadáver, recogiendo algo que

guardó en la manga de su camisa. Después, salió decidida de allí, desandando el camino recorrido, en busca de las solitarias huellas del que podría ser el único humano, aparte de ella, en aquel lugar infernal.

Capítulo 6

A DOS PASOS DEL INFIERNO

Mark estaba tardando demasiado. O quizá no. En su estado y en aquel lugar, calcular los intervalos de tiempo era casi imposible para Charles. La mano herida le ardía y sentía la boca seca como el polvo, el maldito polvo que lo cubría todo, allá donde pusiese la vista.

No era la primera vez que Mark desaparecía en los dos (¿o eran tres ya?), días que llevaban juntos. Siempre con la excusa de reconocer el terreno o de hacer sus necesidades con intimidad, se esfumaba, en ocasiones, durante lo que le parecían horas. Pero no le importaba, porque siempre regresaba. La soledad en aquel lugar hubiera sido insoportable.

–En realidad, nunca he sabido estar solo –pensó en voz alta, echándose a reír cuando se dio cuenta de ello. No entendía muy bien qué es lo que le hacía tanta gracia, simplemente no podía dejar de reír en algunos momentos. Intuía que eso estaba desquiciando a Mark. Era buen tío y probablemente le debía la vida, pero a veces se ponía muy… intenso. Sí, esa era la palabra, intenso.

–Intenso y tenso, como la goma de un tirachinas –tarareó de forma improvisada. Era consciente a medias de que su estado mental oscilaba entre el delirio febril y la pura alucinación, desde el ataque de aquellas cosas peludas y enormes del otro lado de la verja. Recordaba con claridad que apenas había colocado un pie en la grava del camino exterior, cuando los gruñidos se dejaron oír. Mark aterrizó pesadamente a su lado y golpeó la reja con la espalda, lo que se tradujo en un estrépito metálico al entrechocar las gruesas cadenas y candados que sujetaban las dos puertas y las mantenían cerradas. El mismo ruido que habían producido durante toda su torpe escalada hacia lo que imaginaban que sería la libertad y, que con seguridad, había enmascarado los sonidos de advertencia de aquellas cosas hasta que casi había sido demasiado tarde. No las distinguía bien debido a la poca luz y a la bruma que cubría gran parte de los alrededores, pero contó no menos de siete, algunas casi tan altas como él. Izó a Mark de regreso, puesto que la baja estatura de su compañero le impedía alcanzar la parte alta con facilidad, y después comenzó a trepar, frenético, al ver que se abalanzaban sobre él. Recordaba también haber caído de mala manera al otro lado, golpeándose la cabeza con la grava. Después, un segundo estallido de dolor en el cráneo y la oscuridad. Despertó un rato más tarde, de nuevo entre aquellas paredes a donde le había arrastrado un sudoroso Mark para ponerlo a salvo… con dos dedos menos.

Su compañero le dijo que, al caer, su mano izquierda quedó colgando por fuera de la reja y una de aquellas cosas le atrapó. Hubiera perdido el brazo al completo de no ser por él, que a estirones consiguió apartarlo de aquellos seres y su voraz apetito.

Charles se contempló el vendaje, casi indiferente.

–Todo esto es una locura… ni que lo hubiera escrito yo. La misma falta de sentido o lógica. –comenzó a reír de nuevo por lo bajini y, una íntima parte suya, se preguntó si no se habría vuelto loco ya.
"Bueno, a decir verdad, todo lo sucedido antes tampoco tiene mucho sentido", reconoció en un momento de lucidez, al repasar sus recuerdos antes del secuestro.
Había bajado al bar a despejarse un poco porque había estado horas sentado frente al ordenador, contemplando la página en blanco del procesador de textos. Andaba a medio camino de finalizar su novela, esa que lo iba a hacer famoso y adinerado, pero la inspiración no acudía aquella tarde. De hecho, llevaba semanas sin hacerle una maldita visita. Se limitaba a rellenar páginas y páginas de ideas sueltas e inconexas, simplemente para hacerle creer a su mujer que estaba avanzando en el desarrollo de la trama. La veía llegar, noche tras noche, agotada de la prolongada jornada laboral y, sin embargo, preguntarle con ojos relucientes que cómo llevaba el libro. Tenía más fe en él, que el mismo Charles.
"La culpabilidad me devoraba porque me estaba manteniendo ella… me costaba mirarle a los ojos y mi humor se agriaba con el tiempo. Sin trabajo, sin inspiración, sin talento", recordaba Charles, con los ojos fijos en la danza que ejecutaba el polvo en el interior de un pálido rayo de luz azulada. Uno que se filtraba desde alguna grieta en la pared. Se encogió al darse cuenta de lo mucho que la echaba de menos… ¡aquella sonrisa que tenía el don de iluminar la oscuridad!
Lo que iba a ser una simple cerveza, acabaron siendo varias más de las que podía aguantar, y acabó saliendo del local dando tumbos, hasta que alguien lo sujetó y se ofreció a llevarle a casa. Pero nunca llegó.
"La historia de mi vida, siempre hay alguien que se hace cargo de mis mierdas. Incluso aquí, está Mark al cargo de todo"
–¡Soy una puta mierda pusilánime! –gritó con la voz tomada, como si el recuerdo hubiera traído de regreso el alcohol a sus venas.
Ahogó un aullido de dolor. Había cerrado ambos puños con fuerza, sin pensar, arrastrado por la frustración y, como resultado, saltaron algunos de los puntos de sutura que Mark le había realizado en las heridas de la mano izquierda. Comenzó a sangrar de nuevo, manchando la sucia tela que envolvía los muñones.
–Si tan sólo hubiera hecho esa maldita llamada –suspiró, mientras se limpiaba las lágrimas con la mano vendada. Le había parecido escuchar pasos que se acercaban de forma apresurada. Sería Mark regresando pero, por si acaso, comenzó a incorporarse sujetando la pata de madera de una mesa a la que habían dejado coja en la última habitación que visitaron.
Mark apareció por la entrada del pasillo por el que se había marchado, casi al trote y esgrimiendo la otra pata de la mesa que habían sustraído.
–¿Qué ocurre?, te he oído gritar –le preguntó al llegar.
Charles le miró extrañado.
–¿Estás comiendo algo? –le interrogó a su vez. Le había parecido verlo masticar.

El aludido compuso una mueca y contestó:
–¿Es broma, no? Sabes perfectamente que por aquí no hay nada de comer o beber que no sean nuestros propios meados. Al menos, que hayamos sido capaces de encontrar. ¿Por qué gritabas? –insistió, con los ojos entrecerrados.
–Me golpee sin querer en la mano –mintió Charles, con los labios cuarteados y resecos.
Mark se acercó, cogiéndole la mano y observando la sangre que manchaba la venda.
–La mayoría de los puntos parecen aguantar –comentó lacónicamente después de alzar parte del vendaje –. Mejor te andas con más cuidado, no tengo intención de coser de nuevo esos cortes.
Y alzando la mirada de forma repentina, anunció:
–He encontrado la sala que buscábamos, y había un hombre en ella.
***
La cabeza de la criatura que se asomó a través de la enorme abertura que dejaron las ventanas deslizantes, recordaba a un descomunal pez abisal que hubiera perdido su linterna, por así decirlo. Sus ojos saltones y de un negro brillante, se enfocaron en el ser humano que realizaba el ritual o la llamada o lo que fuera que hiciese con aquel molesto canturreo insistente.
"Eso, eso no tengo ni idea de lo que es", admitió, al tiempo que se limpiaba el sudor helado de la frente. Tampoco era de extrañar, se sabía muy poco acerca de la geografía o la fauna infernal. Apenas algunos rumores o esbozos, aquí o allá, dispersos y de escasa confianza. En lo que a la magia negra concierne, no había forma de diferenciar entre lo que era real o el desvarío de un demente.
"Para el caso, es lo mismo. Solo un demente llegaría a los extremos que yo he llegado, a la corrupción que he abrazado voluntariamente", se admitió a sí mismo. Sacudió, la cabeza, irritado. Demasiada introspección de última hora… desde que había atisbado una vez más el rostro de aquella mujer. Asustada, sí, pero sin ceder al pánico. Lo había visto en sus ojos, una resolución nueva había nacido en ella allí, en el mismísimo Infierno. Una de la que carecía cuando la eligió para el sacrificio.
Fijó de nuevo su atención en la escena de abajo, donde el deforme y repugnante ser se inclinaba sobre el aljibe, al tiempo que abría aquella boca ya de por sí enorme y desmesurada, repleta de colmillos curvos afilados como agujas. Comenzó a regurgitar, en silencio, una masa blancuzca y lechosa repleta de esferas del tamaño de pelotas de ping pong que se deslizaron blandamente al interior del agua.
"Premio para mí", pensó reprimiendo el asco al imaginarse bebiendo de esas aguas.
Aquella situación se prolongó cerca de un minuto que a Piedra se le antojó eterno. Poco después, la criatura se retiraba, lenta y perezosamente, flotando a un metro escaso del suelo y en dirección a la parte más densa de la niebla. Los ventanales se cerraron respondiendo a alguna orden silenciosa, y aquel hombre cesó en su melodía disonante, para alivio de Piedra.

–¿Y ahora, qué? –susurró de forma casi inaudible. Aun así, le pareció que el tipo se volvía hacia su dirección ligeramente, colocando la cabeza de soslayo mientras ensayaba una media sonrisa inquietante. Piedra se encogió aún más en su refugio, esperando que la oscuridad y la distancia, fueran suficientes.
Al parecer, lo eran, pues el hombre se limitó a retroceder y a apartarse del depósito de agua, que de repente burbujeaba con furia. Piedra abrió mucho los ojos, sorprendido y decidido a no perder detalle.
"¡Huevos, son huevos eclosionando!"
Del aljibe, comenzaron a saltar formas semejantes a anguilas, seres cilíndricos y agresivos que se disputaban el espacio, luchando entre sí a dentelladas. Surgían cientos, miles de ellos que desbordaban los límites del depósito y caían a tierra, donde continuaban batallando unos con otros. Los vencedores devoraban con ansia a sus víctimas, doblando su tamaño con cada semejante ingerido. Aquello era una pesadilla darwiniana, un proceso de supervivencia del más apto llevado al extremo y, que después de un corto intervalo de tiempo, se materializó en cuatro sierpes translúcidas, cada una del tamaño de una pitón grande, que se vigilaban entre sí con evidente desconfianza.
En ese momento, el hombre, que hasta entonces había aguardado paciente y silencioso contemplando el espectáculo, retrocedió aún más, como si buscara refugio a la sombra del monumental árbol. El movimiento llamó la atención de las pseudo serpientes, que se deslizaron en su dirección con aquellas quijadas de dientes afilados que habían heredado de su madre, abiertas y ansiosas por probar carne.
Piedra se puso tenso.
"Tom", recordó. El nombre de aquel individuo, era Tom. Y Piedra sabía de sus demonios internos, que no eran pocos. No iba a mover un dedo por ayudarle. Al fin y al cabo, lo trajo a este lugar para entregarlo en sacrificio a una entidad peor a cualquiera de las que por aquí pudieran pulular.
"Abusaste de niñas, hasta de tu propio hija, y borraste el rastro quemándolo todo, incluida a tu familia. Y encima tuviste los santos cojones de erigirte en padre coraje, ejemplo para la comunidad y personaje televisivo, por sufrir graves quemaduras en un fraudulento intento de rescatar a las que, en realidad, eran tus víctimas."
Su imagen, sacando a su hija de cuatro años calcinada en brazos, dieron la vuelta al país, al mundo. Pero Piedra escuchaba las voces de los muertos, aullando su desesperación y su furia y, cuando se decidió a perpetrar el ritual, fue al primero que eligió. Porque era perfecto. Reluciente por fuera, podrido y sin alma en su interior.
Y ahora, lo vería morir. Lo único que le mortificaba era que, a este paso, pronto no tendría con qué negociar con el demonio. Y aún debía de recuperar las cenizas robadas de su niño.
Sin embargo, Tom no retrocedía ni hacía amago alguno de salir huyendo de aquellas cosas que avanzaban raudas hacia él. Parecía aguardar algo.
Las sierpes dejaron atrás el espacio cubierto de tierra rojiza que rodeaba el aljibe, y se internaron sobre la hierba, compitiendo entre ellas por ser la primera en adquirir la presa. Entonces, la más adelantada se retorció de

repente, como alcanzada por un rayo. Tan inesperado fue aquello, que las otras tres detuvieron su avance, contemplándola dubitativas. Su hermana se retorcía, a un lado y a otro, intentando escapar de algo que la sujetaba desde su parte inferior, impidiéndole avanzar. Una especie de zarcillo, clavado profundo en su cuerpo y procedente del suelo, era el causante. El resto de la hierba pareció despertar ante tanta agitación, cobrando vida y actividad repentina. Creció en un instante y, rodeando a las espantadas serpientes, las envolvió y penetró en sus cuerpos con aquellos zarcillos que les sorbían la humedad y la vida, hasta que solo quedaron unos pellejos translúcidos extendidos sobre la mullida superficie.
"Devoradas en un instante. La misma reacción virulenta que cuando corté la brizna de hierba, pero mil veces peor. Esas cosas deben de ser su alimento favorito y no la carne humana, o la piel que se encontraría tirada ahí abajo ahora mismo, sería la mía."
Estaba preguntándose Piedra, cuál era el objetivo de todo esto, cuando apreció la súbita floración del árbol y el movimiento en el suelo al brotar unas nuevas y enormes raíces, que acabaron por arrancar las últimas placas metálicas que aun restaban del antiguo suelo original de la fábrica. Frunció el ceño al advertir aquello. Tenía un mal presentimiento, pero necesitaría bajar a reconocer de nuevo el terreno antes de formarse una opinión.
Tom, entretanto, había recogido con toda naturalidad los pellejos desechados de aquellas cosas, y se disponía a abandonar la sala por una de las puertas. Como si todo lo ocurrido, fuera lo más normal del mundo. Piedra aguardó oculto, hasta que dejó de escuchar los pasos de aquel sujeto en la lejanía. Acto seguido, descendió desde su atalaya improvisada y accedió al campo de césped con muchísima precaución. Caminaba despacio y tan suave como sus 84 kilos de peso se lo permitían. Por fortuna, no hubo reacción alguna por parte de aquella hierba viviente a su peso y sus pasos sobre ella, mientras se acercaba al depósito fluvial.
Se asomó a éste, con gran cuidado, no fuera que aún quedara algún huevo por eclosionar en el interior del agua y se viera sorprendido por una de aquellas voraces y breves anguilas monstruosas. El líquido le devolvió el reflejo de su rostro, de rasgos duros y sin afeitar. Parecía que todo era correcto, hasta que se fijó en las leves ondulaciones que en el agua se producían de tanto en tanto. Achicó los ojos, intentando escrutar en su interior. Parpadeó un par de veces, inseguro, hasta que por una milésima de segundo, el lomo blanquecino de un pez alargado, no mayor que una lombriz de tierra, rompió la superficie del agua.
"Son casi indetectables, al menos debajo del agua. Pero, ¿por qué no se matan entre sí, como las otras?", se extrañó al detectar varios ejemplares más, nadando con tranquilidad junto a sus semejantes.
Se retiró del aljibe, volviendo su atención hacia el suelo, en particular a la zona donde habían surgido las nuevas raíces. Habían empujado hacia arriba las planchas de metal que restaban en aquella zona, hasta que los maltrechos y escasos remaches cedieron ante su fuerza. El metal, viejo y desgastado, se había fragmentado en láminas grises y rojizas que se encontraban dispersas por toda la zona.

"¿Qué es eso?", se preguntó al ver agitarse un pedazo de metal a poca distancia de donde se encontraba. Al aproximarse, apreció que los capilares de las gruesas raíces que emergían de tanto en tanto por el terreno, se estaban adhiriendo a los restos de metal y que la superficie de este ennegrecía al contacto y se disolvía con rapidez.
Se irguió como un resorte, girando sobre sí mismo, contemplando la zona cubierta por la hierba carnívora con nuevos (y espantados), ojos.
"Esos leves montículos… los pilares. Aquella ondulación en el terreno… ahí debería estar el muro divisorio", iba enumerando en su mente a toda velocidad. Levantó la vista sobre su cabeza, y ahora sí, apreció los fragmentos rotos de la mampostería y el forjado que colgaban como dientes mellados en la boca de un viejo.
Corrió, ya sin demasiada precaución, hacia la parte posterior izquierda del aljibe, más allá de donde comenzaban los grandes ventanales corredizos, y se agachó cerca de la confluencia de las dos paredes, casi en la esquina del enorme local. Frenético, frotó aquella zona con la mano hasta que descubrió una marca, una especie de runa, que semejaba haber sido realizada con un hierro candente.
Al contacto con su mano, el símbolo comenzó a iluminarse con una luz anaranjada, pero ésta era muy débil y pulsante, casi como si agonizara.
–Malo, esto es muy malo –susurró pálido.
Algo frío y afilado se deslizó cerca de su garganta cortando la superficie de su piel, al tiempo que una voz femenina se dejaba escuchar detrás de él:
–No tienes ni idea de lo mal que se va a poner para ti, como no comiences a dar explicaciones.
***

Capítulo 7

LA IRA DE UN HOMBRE BUENO

–¿Quién es ese hombre? –volvió a insistir Charles. Le había planteado esa misma pregunta a Mark hacía ya varios minutos, pero este permanecía en silencio, mientras lo arrastraba pasillo arriba.
Por un instante, le entró pánico, absoluto e irracional, cuando una idea se le presentó a la mente. Fue como en un destello de lucidez, de esos que tenía de tanto en tanto.
"¿Cómo puede orientarse aquí y encontrar el camino de nuevo?", se interrogó a sí mismo, al tiempo que observaba la espalda de Mark con repentina sospecha.
El entorno siempre era semejante, pero distinto. No había ninguna forma de saber si avanzabas o retrocedías o si ya habías recorrido anteriormente una zona. Eso lo había comprobado Charles incluso antes de dar con Mark. En un momento dado, marcó las paredes para averiguar si estaba vagando en círculos, pero jamás se había vuelto a topar con una de sus señales.
"Podías dibujar una flecha en una esquina, avanzar hasta la siguiente y, al retroceder, ser incapaz de localizarla", recordaba con angustia.
"Esto no puede ser tan grande, por fuera no lo era. ¿Cómo es posible esta infinidad de pasillos anodinos y puertas cerradas, casi siempre iguales? Excepto…"

–¿Cómo salimos al exterior, Mark? –preguntó, de súbito confuso con sus recuerdos recientes.
–¿Cómo? –respondió aquel, distraído.
–Que cómo salimos al exterior, hasta la verja. ¿Por una puerta, por una ventana? –dijo alzando la voz un poco –. No… no lo recuerdo bien, Mark.
Le pareció que su compañero bajaba el ritmo de sus pasos, dubitativo pese a su prolongado silencio.
–Había una puerta grande, enorme y … corrediza. Creo que era corrediza, no sé. –Se encogió de hombros –. Estaremos desvariando ya por la falta de agua y alimento, sobre todo de agua.
Se giró un poco hacia Charles, con los ojos brillantes bajo aquella luz mortecina.
–Pero Tom tiene abundancia de ambos, creo. Al menos, lo he visto en bastante buena forma para llevar aquí casi un año, tal y como me explicó.
Él también guardaba recuerdos de una sala, alumbrada con velas, con cinco personas inmovilizadas en ella. Por eso la estuvo buscando hasta que la encontró y, desde entonces, todos los días ha pasado en ella unas horas, con la esperanza de que apareciera alguien más. Ya solo falta saber qué ha sido de la mujer y del secuestrador. –Esto último, lo dijo casi en un murmullo.
–Uno más. La mujer, el secuestrador… faltaría otra víctima por encontrar. –Le corrigió Charles con suavidad, de repente consciente de hasta qué punto tenía la garganta seca y los labios cuarteados.
Mark rebulló incómodo, pero no contestó, hasta que un poco más adelante le pareció advertir cómo las sombras danzaban contra la pared del pasillo, proyectadas por alguna fuente de iluminación, y exclamó jubiloso:
–¡Ahí!, Ya llegamos.
Charles no se mostró tan entusiasmado. Por algún motivo, comenzaba a ver las inconsistencias de sus propias historias, a chirriarle la sencilla aceptación de todos aquellos hechos fantásticos, donde el tiempo y el espacio no parecían guardar ningún sentido.
"Es como estar atrapado en el relato de otro, uno no muy bueno, la verdad", iba pensando. Sin embargo, para cuando entraron en aquella sala, casi se había olvidado de sus dudas y sospechas. Al fin y al cabo, encontrar a otro ser humano en aquel lugar, y que además hubiera sobrevivido tanto tiempo solo, no dejaba de ser un acontecimiento.
"Agua, por Dios. Que tenga agua"
***
La voz había sonado cansada, pero firme. Al igual que el brazo que sostenía el filo próximo a su cuello.
Se maldijo por haber permitido que se acercara tanto sin darse cuenta. O la súbita revelación de dónde se encontraba realmente le había desequilibrado más de lo que imaginaba, o en esa mujer había mucho más de lo que se apreciaba a simple vista.
–No… no comprendo. –Intentó infundir en su voz confusión y una pizca de miedo. Sería lo esperable de una persona normal en aquellas circunstancias. Si la mujer descubría su papel en todo esto, no iba a

reaccionar amigablemente. Y en su interior, Piedra no se asombró al confirmar que no le deseaba mal alguno a aquella mujer.
–No quiero problemas, sólo salir de aquí –añadió ante el silencio de ella. No mentía. La runa parpadeaba cada vez más y más débil, aun así, iba a ser complicado que la mujer no la apreciara.
–Ya somos dos –contestó ella –. ¿Qué es eso brillante?
–Lo ignoro –respondió Piedra con rapidez –. A mí también me llamó la atención y por eso me acerqué a investigar. Pensaba que sería algún tipo de piloto eléctrico, un rastro de civilización en este lugar. –hilvanó con rapidez un relato creíble.
El filo se retiró de su cuello, solo para ubicarlo en su espalda, apuntando al corazón.
"No se anda con rodeos", pensó con admiración.
–Date la vuelta. Despacio –ordenó Selina.
Piedra obedeció, con los brazos en alto y tratando de no parecer una amenaza. El arma ahora presionando su pecho.
La vio palidecer al contemplar su rostro.
"Me recuerda", advirtió al reconocer el brillo del conocimiento en sus ojos. Sintió una lejana punzada de (¿alivio?,¿alegría?), por este simple hecho, que lo dejó completamente paralizado ante aquella sensación tan extraña.
–Te he visto antes. El hombre del café –susurró, evidentemente desconcertada.
Selina sintió algo removerse en sus entrañas y, de repente, se encontraba en otro lugar, tres largos años atrás.
El día aún no despertaba pero era húmedo y frío. Que el viento soplara desde la costa, tampoco ayudaba a mejorar el lúgubre ambiente.
No llovía, pero una espesa neblina se había apoderado del parque, todavía a oscuras a aquellas tempranas horas, cubriéndolo todo de gotas de agua helada.
Selina había pasado casi toda la noche sentada en aquel banco de madera oscura y mal barnizada, ajena al frío y a los ocasionales caminantes. Escasos eran los que se aventuraban por aquel poco amigable claro en el parque. En alguna parte, recordaba haber oído que lo llamaban la "esquina de la espera", y que tras aquel pintoresco nombre se escondía toda una retahíla de historias y leyendas urbanas sin demasiado sentido. Sin embargo, en la práctica, casi todo el mundo lo evitaba; tampoco es que fuera un rincón muy bonito. Allí, hasta los arbustos crecían deformes, ralos y con gran esfuerzo. Muchos de ellos semejaban brazos que se elevaban a los cielos demandando algún tipo de favor o auxilio, que nunca llegaba.
–El cielo está sordo –murmuró, mientras su aliento dibujaba perezosas volutas en el aire.
–Puede ser. –Le sobresaltó una voz masculina a su lado.
Un hombre se había sentado junto a ella, en el otro extremo del banco. Cerca, pero respetando su espacio.
Selina parpadeó, cansada.
"Ni siquiera le he oído llegar", acertó a pensar.

–Yo ya he dejado de alzar mi voz, tengo por cierto que si hay alguien allí arriba, o ya no escucha o escoge ignorarme, lo que para el caso, es lo mismo. –Continuó aquel hombre con una voz profunda que exudaba dolor en cada sílaba.
Selina se encontró mirando un humeante vaso de plástico con café recién hecho en su interior.
–Cójalo, le vendrá bien. Las noches a la intemperie son duras. No, no ponga esa cara. Vivo ahí enfrente y duermo poco, así que la he visto pasarla aquí sentada. –Atajó el hombre sus protestas alzando una mano.
Selina tomó el vaso y lo sostuvo cerca de ella, más por su calor, que por su contenido. Su mirada insistía en perderse en el infinito.
–Yo también venía mucho por aquí, sobre todo al principio. Cuando el dolor era tan grande que consumía mis horas como la pira a la leña seca. –Le explicó el hombre.
–¿Qué le pasó? –preguntó Selina, casi más por inercia que por auténtico interés.
El hombre guardó silencio unos momentos. Luego asintió con suavidad, como si hubiera llegado a algún tipo de acuerdo en su interior, y comenzó a hablar:
–Perdí a mi mujer y a mi niño. El mismo día, supongo. Ni siquiera la policía lo tenía claro. Tres días de pura agonía, mientras los buscaban por todo el país. Mi hijo tenía menos de un año cuando desaparecieron ambos. La alerta Amber se activó desde el minuto cero, pero no sirvió de nada. Los encontraron… –Su voz, que se había mantenido serena, se quebró al llegar a este punto de la narración.
Selina había pasado de la casi indiferencia inicial, al horror más sincero conforme lo escuchaba hablar.
Quiso decir algo, pero tenía un nudo en la garganta que se lo impedía. Un nudo que llevaba allí horas.
–Tirados en una cuneta. –Se rehízo el hombre, dándole un sorbo al café –. Les habían pasado el vehículo tantas veces por encima, que apenas si fueron capaces los forenses de separar sus restos.
Selina apoyó el café en el espacio del banco que quedaba libre entre los dos, y se inclinó hacia adelante mientras las arcadas la acometían.
El hombre se aproximó en silencio, y la sujetó para evitar que cayera de frente. La sostuvo hasta que sus hombros dejaron de sacudirse y pudo recomponerse. Luego, regresaron al banco.
–Lo siento –musitó ella, con los ojos acuosos y enrojecidos.
– Conocía la historia, pero… –añadió, limpiándose la boca con un pañuelo.
Le pareció que el hombre se encogía de hombros, con resignación.
–¿Y por qué está usted aquí, señorita? –le preguntó con suavidad, pero directo.
Selina inspiró aire un par de veces. Aún sabía amargo por la bilis que le quemaba la garganta.
–Soy abogada. –Comenzó –. Hoy, ayer, perdí a otra clienta. Unos meses atrás su expareja la sorprendió al salir del supermercado, y le lanzó al rostro ácido de baterías. Se suponía que estaba en prisión, nada sabíamos de su puesta en libertad.

–La han encontrado colgada en su habitación. Lo peor de todo es que lo vi venir, hasta tenía vigilancia médica. Pero no he podido salvarla. He vuelto a fallar, y mis errores cuestan vidas.
Las lágrimas quemaban al deslizarse por su rostro. El hombre le acercó un paquete de pañuelos de papel.
Aquel gesto casi le arrancó una sonrisa a Selina, muy a su pesar.
–Está usted preparado para todo, ¿Hay algo que no lleve ahí? –intentó bromear.
–Esperanza, quizá –contestó él –. Mi fe en el ser humano se desvanece como un sueño recordado a medias.
Se giró hacia ella y, por primera vez, Selina pudo contemplar su rostro: facciones duras, pero amables. Y unos ojos del color del plomo, que la observaban con dolor e impotencia compartidas. Y al final, muy al fondo, un destello de rebeldía.
"Podría amar a unos ojos como los de este hombre", pasó fugaz el pensamiento por su cabeza, que sacudió para despejarla.
–Sin embargo, usted me ha dado hoy una pizca de ese tesoro esquivo e inconstante –suspiró el hombre, mirando hacia adelante –. Observe ahí, entre las puntas de los árboles.
Selina miró hacia donde le indicaban. Un sol tempranero y silente se alzaba poco a poco, deshaciendo la niebla en girones, provocando destellos dorados al reflejarse en las gotas del rocío que empapaban las hojas de los pinos y los cipreses.
El mundo estalló en colores a su paso, cuando el cielo se mostró teñido de azul y rosado; el verde refulgía entre las copas de los árboles.
El hombre se levantó y le sostuvo una mano entre las suyas. Eran cálidas, seguramente por sujetar el termo del café.
–Siga ayudando a la gente. No deje de intentarlo porque le aseguro que ya no quedan muchas personas como usted, y este mundo las necesita a todas –le dijo –. Sin embargo, sé que aún guarda un dolor todavía mayor en su interior, sujeto por fuertes cadenas. Llegará el momento en que también logre desprenderse de él.
Selina se estremeció, pensando en su hijo Josh. Lo estaba haciendo desde que oyó a aquel hombre narrar el fallecimiento del suyo.
–Cuídese usted también –le contestó ella –. Porque leo una determinación en el fondo de su mirada, que me recuerda a la que en ocasiones contemplo en el espejo algunos días. Y puede consumirle.
El hombre soltó con suavidad su mano y, dándose la vuelta, desapareció por el sendero en dirección a la salida del parque.
Selina se acarició el dorso de la mano durante un segundo, rememorando el contacto. Entonces reparó en que el hombre había dejado olvidado el termo de café, lo recogió y salió corriendo tras él.
***
–Pero no te encontré.
El hombre la observaba con una mirada extraña, indescifrable por lo contradictorios que eran los mensajes que enviaba. El rostro, en cambio, permanecía inalterable. Una máscara de cualidades pétreas que no esperarías contemplar en un rostro humano.

Selina sacó algo de su manga derecha, sin dejar de apuntar con su arma al corazón de aquel hombre, y se lo lanzó a la cara.
Ahora sí, parpadeó al reconocer el objeto, que atrapó al vuelo con facilidad.
–Ahórrate la charada, pues sé quién eres. Puedes haber vestido un cadáver con tu ropa pero a ti la del muerto te queda algo pequeña. No te quité ojo durante todo el numerito del ritual. Creo que me desmayé un par de veces, pero tus facciones me las grabé a fuego en la retina. No me ibas a despistar con algo tan burdo.
Piedra desenredó el tejido de la bola en que lo había convertido Selina, y manoseó indeciso la venda que solía llevar sobre los ojos.
"Santo Dios, no deja de sorprenderme esta mujer. Es casi como …"
–¿Quién te adiestró, Selina? –Ya no tenía sentido ocultar que conocía su nombre. Y este le supo extraño y agridulce en la boca.
–¿Por qué oscuros derroteros transcurrió tu vida después de nuestro encuentro? –susurró Piedra, levantando la mirada de la venda.
Selina achicó la mirada, que se hizo dura como el diamante, y la punta de la uña de la araña penetró en la tela y la piel de Piedra, manchándole de sangre fresca la camiseta que el hombre llevaba.
–No te atrevas a interrogarme a mí. Fuiste tú el que me golpeó por detrás y me arrastró hasta este maldito lugar dejado de la mano de Dios.
–¡Ibas a sacrificarme! –gritó, señalándole con un dedo.
"Sólo te queda la verdad, Piedra", escuchó un susurro colarse en su mente.
–Traerte a ti fue un error. Ahora lo veo claro –dijo él, bajando los brazos con lentitud. La presión del filo en su carne se incrementó, y la sangre comenzó a deslizarse por su pecho.
–Y ya está. Con eso queda todo aclarado y perdonado –le espetó ella.
Piedra movió la cabeza a un lado y a otro, sintiéndose muy cansado de repente.
–En absoluto, todo cuanto he realizado en los últimos años es imperdonable a ojos de Dios y de la ley de los hombres, pero me reafirmo en ello. –se explicó –. Sin embargo, contigo me he equivocado.
Abrió los brazos, como abarcando el espacio que los rodeaba, y continuó:
–Traje aquí a cuatro seres llenos de maldad y desidia, pero que vivían envueltos en poco menos que mantos de santidad.
–Un tiburón empresarial con varios suicidios a su espalda, un asesino en serie, un depredador de infantes y otro que fue cómplice por omisión.
–Enumeró –. Eran la ofrenda perfecta… la misma Muerte tendría que haberse personado ante semejante aroma a sangre derramada.
Bajó los brazos, casi con agotamiento, sin dejar de observar a la mujer, que guardaba silencio.
–Pero no lo hizo. –Continuó Piedra –. Y ahora, estamos aquí, en el jodido Infierno debido a un error de cálculo.
–Desvarías … –susurró ella, aunque estaba claramente impresionada.
–Contigo me equivoqué –dijo Piedra avanzando un poco, causando que la punta penetrara aún más en su carne. Si dolió, no lo demostró en lo más mínimo.

–Te vi de nuevo, hace un año. Una mujer, sombría y cabizbaja, que caminaba con los ojos hundidos por el puente de la bahía. Casi no te reconocí, pero nuestras miradas se cruzaron durante un instante, y comprendí que, al igual que yo, comenzabas a desear la muerte. Para poner un fin al dolor que nos consume, a la soledad que no elegimos.
–Y me escogiste –finalizó ella por él.
Piedra asintió:
–Y te elegí. Fue un impulso egoísta, me doy cuenta de que una parte de mí no deseaba marcharse al otro mundo acompañado de semejante escoria. Que era lo que podía ocurrir si todo salía mal, si la Muerte o el Diablo podían ver a través de mi engaño y no conseguía recuperar a mi pequeño.
El filo se retiró despacio de su pecho, mientras la mujer exhalaba un suspiro que no supo interpretar. No se esperaba aquella reacción, así que aguardó en silencio a que Selina ordenara sus pensamientos.
–No te equivocaste.
Piedra alzó una ceja al escuchar aquello, confuso e incapaz de leer en el rostro de ella nada que no fuera cansancio y tristeza.
–Mis pecados son iguales o más grandes, si cabe, que los de esa gente que mencionas –dijo ella, sosteniéndole la mirada con extraña serenidad.
–Permíteme dudarlo –respondió Piedra. El tiempo se agotaba con rapidez, pero aquella mujer lo tenía completamente hechizado. Que el mundo saltara en mil pedazos, porque ahora mismo sólo quería escuchar su voz.
–El sistema legal está lleno de agujeros, enormes sumideros de miseria humana por el que se arrastran y prosperan todo tipo de alimañas. Aquella noche me rompí. Mucho me temo que tú y tu termo de café llegasteis tarde. Ya no podía continuar contemplando impávida las reiteradas injusticias y abusos. –Hizo una pausa, lo justo para coger aire, y continuó. La mirada baja y perdida, mientras recordaba.
–Busqué al tipo del ácido durante meses, hasta que vine a dar con él en un garito de mala muerte al otro lado del país. Ni siquiera reconoció en mí a la abogada de su ex mujer. Creo que no levantó sus ojos ni una sola vez de mis pechos. Lo atraje a la habitación de un motel cercano que ya tenía preparada para la ocasión. –se humedeció los labios y alzó la cabeza en dirección a Piedra.
–Le di tanto alcohol y sexo como fueron necesarios para que cayera rendido e inconsciente. Era una mole de casi dos metros, ex militar lituano. Arrastrarlo hasta la bañera del cuarto de baño fue una odisea. Introducirlo en ella, inmovilizado con bridas, aún costó más.
–¿Qué hiciste? –preguntó Piedra, aunque ya estaba imaginando la respuesta. Qué increíble y desconcertante sensación, la de envidiar a aquel animal por haber yacido con ella.
Entretanto, ajena casi a la pregunta del hombre, Selina continuaba desgranando su relato.
–Comencé a llenar la bañera con ácido y el bastardo despertó sacudiéndose como un poseso, pero no podía ni gritar. No con todo lo que le había metido en la boca y sujetado con cinta americana. Me había

preparado con botas y guantes resistentes a químicos, hasta portaba un mandil de cuero, pero ocurrió algo con lo que yo no contaba.
A Piedra, le fue sencillo imaginarlo.
–El ácido –dijo.
Selina asintió, al tiempo que se arremangaba el brazo izquierdo. En el antebrazo, cinco enormes marcas de quemadura con forma de dedos, eran fácilmente reconocibles
–Deshizo las bridas y la mordaza. Me entró pánico y traté de empujarle de regreso a la bañera, pero aunque ya estaba casi ciego, consiguió sujetarme e intentó arrastrarme con él.
Se acarició de forma inconsciente el muslo derecho y Piedra dedujo que allí encontraría otra marca similar a la que lucía en el brazo.
–Creo que le destrocé el cráneo con el telefonillo de la ducha, mis recuerdos no están muy claros. Y hui de allí, sin recoger, sin limpiar mis huellas. Aturdida y repugnada de mí misma. Pasé las siguientes semanas aguardando noticias, esperando encontrar a la policía en mi puerta en cualquier momento… pero nadie vino.
Piedra asintió:
–Con seguridad, el dueño del motel tomó cartas en el asunto y se deshizo del cadáver para evitar daños mayores a su empresa. Te sorprendería saber en cuantos negocios turbios andan metidos algunos propietarios de este tipo de locales.
Selina se encogió de hombros:
–Lo ignoro, pero aquello me enseñó dos cosas –dijo enfatizando sus palabras con los gestos de una mano –. La primera, que no estaba preparada. La segunda, que era capaz de hacerlo.
–Y buscaste a alguien que te enseñara … –dedujo Piedra, asombrado y apesadumbrado a partes iguales.
Selina asintió.
–Un viejo gato callejero, curtido en mil y una batallas. Uno al que sólo le importaban los resultados, no los medios, fue mi maestro.
La narración de Selina cayó sobre Piedra como una losa. No entendía por qué razón se sentía responsable de todo aquello, como si de él hubieran dependido las elecciones que la mujer había realizado a lo largo de su vida.
"Hemos estado corriendo en la misma dirección, sólo que en senderos paralelos. Quizá sí que pertenezcamos a este lugar, después de todo"
–Volviste a matar –sentenció Piedra, con la voz más ronca de lo que le hubiese gustado.
–Justicia –respondió ella –. Al coste de mi alma. El día que me viste, en aquel puente, acababa de dejar a mi última presa allí. Colgando por los pies bajo la estructura, como la comida de una araña.
Alzó el brazo armado con el formidable apéndice del acechador, y lo contempló.
–Es adecuado que yo haya obtenido este objeto, puesto que soy como ellas.
–Tenemos compañía –dijo él por toda respuesta, mientras señalaba con la cabeza detrás de ella.

Capítulo 8

LO QUE NO TE MATA …

"No, esto está mal", se repetía la frase como un eco incesante procedente del fondo de su mente.

Conocer e interactuar con el tal Tom, ya fue extraño, pero introducirse y caminar por aquella enorme nave industrial, había reactivado de nuevo todas sus alarmas; hasta el punto que pensar bajo aquel estruendoso pánico le causaba más dolor que los ennegrecidos muñones de sus dedos.

–Mark –susurró, pero aquél le ignoraba, limitándose a seguir de cerca a Tom.

–¡Mark! –alzó un poco más la voz, al tiempo que se esforzaba por alcanzarle y sujetarle de un brazo.

Éste se dio la vuelta, contemplándole con inusitada frialdad y una interrogación en el rostro.

–¿Qué? –fue la seca respuesta.

Charles intentó humedecerse los labios por reflejo, pero la lengua era una lija. Apenas si le quedaba agua en el cuerpo, hacía rato que ni sudaba. Cada vez que abría la boca, los labios cortados se reabrían y escocían como el demonio. Aun así, dijo en voz baja:

–Este lugar, es como el que describiste. Por donde dijiste que salimos al exterior…

Mark hizo un tímido intento de mirar a su alrededor, pero se quedó en eso, intento. Sacudió la cabeza:

–Yo no recuerdo este lugar. Algo semejante a ese árbol enorme y a aquella construcción del fondo… ¿Cómo podría olvidar una cosa así? –contestó con indiferencia, girándose de nuevo en pos de Tom.

–¿Aquello es una piscina? –preguntó Mark a Tom mientras acortaba distancias con él.

–Es un depósito pluvial. Y está lleno de agua fresca, tal y como os conté antes –explicó Tom, con voz extrañamente desentonada.

"Casi parece que esté buscando su propio timbre, como si lo hubiera olvidado", pensó Charles.

Mark no era el mismo desde que regresó de la sala de las velas, desde que se encontró a solas con Tom. Y el cambio fue más evidente cuando el recién adquirido compañero compartió con ellos aquella especie de bacalao desecado. Mark lo devoró en instantes, sin embargo, Charles conservaba su ración en un bolsillo. En parte por desconfianza, en parte porque era incapaz de meter algo con semejante contenido en sal en su boca ahora mismo. Necesitaba agua con urgencia. Lo demás podía esperar, pero una parte suya no acababa de entender tampoco como Mark parecía conservar sus fuerzas mucho mejor que él, incluso desde antes de perder los dedos.

Pasaron por debajo de las enormes ramas, en las que si bien había muchas flores, no se divisaba ningún fruto, y se detuvieron frente aquella especie de estanque de piedra.

–Ahí tienes tu agua –oyó decir a Mark.

Charles ya se había aproximado hasta el borde, atraído por el olor y el

frescor que se filtraba a través de la piedra, e introdujo la mano sana en él.
"Oh, Señor, está helada", casi lloró de agradecimiento, su reciente desconfianza olvidada una vez más. Se disponía a sumergir su cabeza en el líquido, cuando una voz autoritaria le detuvo:
–¡Detente! No bebas de eso si aprecias tu vida.
Un hombre y una mujer surgieron desde detrás del tronco del árbol, y se encaminaron hacia ellos.
–¿Más víctimas?, ¿estamos todos bien? –preguntó Charles confuso, mientras se sujetaba la mano mutilada.
–Eso parece –comentó el tal Tom con esa voz extraña que le caracterizaba. Aunque en esta ocasión le pareció percibir un matiz algo distinto. ¿Interés, quizá?
–Ese agua está contaminada y vuestro compañero lo sabe –señaló Piedra a Tom con el dedo –. Si es que es humano todavía, cosa que dudo.
Charles se quedó estupefacto, contemplando la escena. La mujer que acompañaba a aquel hombre también se había asombrado al escuchar su advertencia, pero por algún motivo, no lo puso en duda y la observó cerrar el puño derecho con fuerza. Llevaba algo puntiagudo sujeto en ese brazo. Intentó decir algo, pero solo le salió un balbuceo ininteligible. En cambio, Mark reaccionó acercándose al estanque y comenzando a beber. Llenó de agua sus manos unidas en tres o cuatro ocasiones, produciendo un sonido de succión que casi le pareció obsceno. A duras penas consiguió contenerse de hacer lo mismo. En realidad, lo que le frenó fue la sonrisa de triunfo que esbozó Tom, una sonrisa repleta de dientes afilados, una sonrisa de barracuda.
–¡Joder! –exclamó retrocediendo, distanciándose del depósito de agua y de Tom, que sin embargo, mantuvo la posición mientras se colocaba las manos atrás de la espalda.
–Perfecto, Mark. Como siempre –aplaudió Tom, como quien felicita a un cachorro.
Mark se apoyó en la piedra, mientras se secaba la boca con el dorso de la mano. Sus ojos, por completo en blanco, barrieron a los presentes, pero se demoraron sobre todo en Piedra, al que señaló sonriente con un dedo, que luego se pasó por el cuello.
El pelo de la nuca de Charles se erizó de repente al ver esa amenaza, aunque no fuera dirigida a él. Era más consciente que nunca de su pésimo estado físico y de que había dejado olvidada la pata de madera en la sala de las velas.
–¿Qué está ocurriendo? –consiguió articular al fin.
El hombre que se hacía llamar Tom produjo un gorgojeo siniestro que con probabilidad quería ser una risa.
–Perdonadme, es la falta de práctica. No nos reímos mucho por aquí. –se disculpó –. Pero es que siempre me preguntas lo mismo, mi querido Charles.
Ahora fue el turno de Piedra de sentir hielo en las venas. Luchó por apartar su mirada de Mark y preguntó:

–*"¿Siempre?"* –dijo arrastrando las palabras –. ¿Cuántas veces son *"siempre"?*
Tom lo observó, con evidente divertimento, mientras fingía pensar.
–En el caso de Charles, yo diría que una docena de iteraciones. Mark lleva unas cuantas más, fue el tercero en llegar. –Alzó una mano –. El segundo fue Marcos, antes de que me lo preguntéis. Pero me temo que en esta ocasión no ha llegado demasiado lejos, problemas estomacales, creo.
–Y el primero fue Tom –sentenció Piedra, confirmado lo que ya se imaginaba –. ¿Quién eres tú en realidad?
El ser que vestía el cuerpo de Tom, hizo un gesto y Mark se puso a cuatro patas, obediente. Después, caminó hacia él y se sentó encima de su espalda, con las piernas cruzadas y toda la naturalidad del mundo.
–Soy Minos, tanto gusto. –Saludó con ceremonia.
–Proporciono olvido y perdón, como un viento que barre la hojarasca marchita que ya ha cumplido su función. Brindo nuevos principios cuando coméis y bebéis de mi mesa, pues yo soy este lugar y él forma parte de mí. Pero siempre insistís, reacios a olvidaros de vosotros mismos, en recorrer una y otra vez el mismo camino. Ese es el castigo y la penitencia que lleva implícito el Infierno, el saber que da igual lo que hagáis, da igual lo que digáis o cuanto os esforcéis, sois lo que sois y no podéis huir de ello ni aprender. Aquí mueren todos los sueños, víctimas de vuestra propia intrascendencia – explicó y, achicando los ojos, añadió –: Pero vosotros dos, estáis resultando ser unas anomalías la mar de interesantes en las que estaría encantado de profundizar, pero mucho me temo que no tenemos demasiado tiempo. ¿Te has dado cuenta, no?
"Maldita sea mi alma, lo saben todo", pensaba Piedra mientras empujaba hacia atrás a Selina, que lo observaba sorprendida.
–Vámonos –le dijo a la mujer.
–¿Qué, pero qué está ocurriendo? –le respondió ella.
–¡Tú! –gritó Piedra, señalando a Charles –. ¡Corre!, ¡Huye por tu vida!
Detrás de Tom-Minos, que ya había abandonado su asiento viviente, comenzaron a abrirse de nuevo los enormes ventanales corredizos. Una cacofonía de alaridos y rugidos se dejó escuchar de repente, procedentes de mil y un lugar al otro lado de las brumas del exterior.
–Joder, joder –comenzó a correr Charles, con torpeza y tropezando con sus propios pies, regresando por donde habían entrado hacía unos minutos.
Piedra, en cambio, optó por la otra salida pese a ser más lejana, llevándose a Selina con él.
Minos se encogió de hombros al tiempo que le hacía una seña a Mark, que salió disparado tras el fugitivo Charles. Los ventanales seguían abriéndose con una lentitud que casi parecía deliberada, mientras Minos caminaba tras los pasos de Piedra Y Selina, con las manos en los bolsillos y silbando una tonada molesta y disonante. De cuando en cuando se interrumpía, y contaba en voz alta:
–Uno Misisipi, dos Misisipi, tres Misisipi… voooooy.
***

Piedra se detuvo en seco, sin previo aviso, y Selina casi acabó en el suelo al tropezar con él.
–¿Pero qué…? –Comenzó a protestar, pero se calló al ver que éste se inclinaba en la esquina y deslizaba la mano por la parte inferior de la pared, como buscando algo. Ese algo destelló de repente con un tono que pretendía ser naranja, un símbolo extraño marcado de alguna forma sobre la superficie, que sin embargo perdió casi todo su brío al segundo de encenderse. Escuchó al hombre ahogar una maldición entre labios.
–Tenemos que llegar al sótano, al antiguo cuarto de calderas, tan rápido como sea posible, antes de que estas runas acaben de morir. –Dio un golpe en la pared que la pilló por sorpresa –. He sido un necio engreído y ahora me encuentro con que han superado casi todos mis cuidadosos preparativos.
El tono del hombre era ominoso, aunque ella no estaba entendiendo nada. Algo tuvo que ver él en su rostro, porque, reemprendido el camino y la carrera, comenzó a explicarle qué ocurría.
–Elegí este lugar por muchos motivos distintos, aparte del más obvio.
–¿Alejado y solitario? –apuntó ella.
Piedra asintió, señalándole al mismo tiempo que girara a la derecha de nuevo.
–Por ejemplo. –Admitió él –. Pero también por su ubicación sobre antiguas e importantes vías comerciales y la enorme cantidad de energía espiritual que, por alguna razón, se concentraba en él. Y, sobre todo, me atrajo su estructura única de metal.
–¿Metal? –preguntó Selina, intrigada.
Piedra asintió.
–Pero no cualquier metal, hierro. Cuanto más puro, mejor. El hierro es anatema para la mayoría de las criaturas sobrenaturales, incluidos los demonios. Ignoro quien diseñó en su día esta fábrica, pero conociendo lo que esconde el subsuelo, me lleva a pensar que el esoterismo no le era desconocido en absoluto. Este complejo abandonado lleva años actuando como un tapón sobre una herida abierta en el tejido de la realidad, una ventana panorámica al Infierno.
Se volvió hacia ella, sin detenerse en su carrera.
–La planta de este edificio, aunque no lo parezca debido a su estudiado trazado, sigue un diseño en espiral que se desarrolla a diferentes alturas. Un gigantesco símbolo de protección contra el mal, a través del cual yo marqué una ruta de escape con estas runas que nos están guiando.
Piedra se detuvo de nuevo con brusquedad, para examinar esta vez la esquina de la pared opuesta a la anterior. Tuvo que pasar varias veces la mano antes de lograr que el símbolo respondiera.
–Dices que mueren, los símbolos –preguntó Selina observando su ancha espalda, mientras permanecía inclinado.
–Toda estructura tiene su viga maestra, su centro de gravedad, por así decirlo –contestó levantándose y sacudiéndose el polvo de la mano en los pantalones –. Si la dañas o eliminas, el resto caerá como un castillo de naipes. La sala del árbol, no era capaz de situarla, hasta que presencié aquel ritual, una obscena parodia del círculo de la vida. Los huevos van al

agua, el agua los nutre y crecen, luchan entre sí y sólo los más aptos sobreviven para convertirse en alimento de esa hierba demoníaca, que a su vez fortalece al árbol, que se extiende y devora el metal y el hormigón allá donde entra en contacto con él. Esa sala, antes de que desaparecieran los muros y las vigas, eran cuatro almacenes diferentes.
La contempló con esos ojos grises que parecían ver a través de ella, y no pudo evitar un estremecimiento. Él continuó con su explicación, ajeno a su reacción:
–Esas salas eran el centro, el corazón de la espiral. Ahora, están deshechas, el hierro casi desvanecido, por lo tanto…
–Carecemos de protección frente a las cosas que rodean el recinto –acabó ella, acariciando su vendado brazo derecho. Hacía rato que lo notaba latir, pero suponía que igual se había excedido apretando los vendajes en su temor a perder el arma.
–Queda muy poca magia real en nuestro mundo, si es que alguna vez la hubo en abundancia. Para garantizar el funcionamiento de las runas que tracé, las vinculé a la estructura de este lugar, para que formaran parte de él y se alimentaran de su energía. Ahora que han conseguido desmontar su núcleo, es cuestión de tiempo que se descarguen y queden inutilizadas. En cuanto a los demonios, permanece mucho metal todavía en el resto de la fábrica, eso los frenará y los disminuirá, nos dará una oportunidad aunque pequeña, de sobrevivir. Pero ya no estamos realmente a salvo en casi ningún lugar. –se movió a su lado derecho, y la sujetó del brazo, examinándolo –. ¿Qué te ocurre?
Selina sacudió el brazo y se liberó de su contacto perturbador. La cabeza comenzaba a darle vueltas, como cuando se vio forzada a ingerir el icor de la boca de aquel ser.
El pasillo finalizaba en el inicio de una escalera metálica que descendía a un piso inferior, uno repleto de tuberías y depósitos hasta dónde alcanzaba la vista. Se sujetó a la barandilla, con fuerza, temiendo desmayarse. Las sensaciones, la propia consciencia de su cuerpo, la abandonaban durante unos segundos, para después regresar amplificadas en un mil por cien. Era inquietante y enervante al mismo tiempo, como pasar de la no existencia a ser consciente de todo lo que te rodeaba. Notó las manos fuertes de él sobre sus hombros, pero esta vez no rehuyó el contacto.
–Ya vienen –jadeó ella.
Él se giró hacia atrás, con los labios dibujando una fina línea de decisión, y aunque no vio ni escuchó nada, la guió escaleras abajo a toda prisa. Ni siquiera le preguntó cómo lo sabía; tampoco hubiera podido explicárselo. Quizá debería contarle lo del hormigueo en la piel y la sensación de ser acechada.
–Lo tenemos casi encima –susurró en cambio. Piedra asintió en silencio y le señaló un recoveco apenas visible, oculto entre las sombras más densas. Se deslizaron hasta él pasando entre dos grandes tuberías que transcurrían paralelas al suelo, y aguardaron.
Selina lo olió antes incluso de verlo. Un hedor a aguas estancadas y

basura quemándose. Piedra asintió en silencio, él también lo percibía, así que no estaba imaginando cosas.
Los ojos de Selina se movían de un punto a otro de su campo de visión, intentando detectar el origen de aquella peste, cuando advirtió un movimiento extraño entre la maraña de tubos oxidados que conformaba el techo de aquella zona. Hincó un codo en el abdomen del hombre y le indicó la dirección con un gesto de la barbilla, pero el rostro de concentración de Piedra le reveló que él no alcanzaba a distinguir lo mismo que ella.
"¿Y qué es, exactamente, lo que estoy viendo?", se preguntó.
Algo similar a una enorme caracol sin concha, una babosa del tamaño de un turismo mediano que descendía desde el piso superior dejándose caer entre las tuberías metálicas, a cuyo contacto humeaba. La masa gelatinosa aterrizó en el suelo con un suave chapoteo y, después de un leve titubeo, comenzó a avanzar con decisión hasta donde se ocultaban ellos.
–Si yo puedo verlo … –susurró inquieta.
Piedra debió de entender el mensaje, porque salió del escondite y se plantó frente a ella en el centro del pasillo. Aquella cosa aceleró con un movimiento bamboleante al detectarlo, al tiempo que aumentaba su volumen y altura, bloqueando casi todo el pasillo.
–Ya lo veo –escuchó Selina que le decía Piedra, mientras éste agitaba los brazos, centrando la atención de aquella cosa –. Lo alejaré de ti, aguarda a que te dé la espalda y después, ¡destruye la cabeza más grande!
–¿Cómo? –gritó conmocionada al ver como el hombre corría pasillo abajo seguido de cerca por aquella especie de ola viviente.
La peste le golpeó con fuerza casi física, y es que era peor el rastro resbaladizo que dejaba esa cosa, que el propio olor que desprendía lo que fuera que conformara su cuerpo.
Abandonó el escondite, a tiempo para ver cómo Piedra corría ahora en dirección al extraño ser y se lanzaba de cabeza hacia él, introduciéndose en su cuerpo gelatinoso.
–¡No! –exclamó ella, viéndole debatirse en el interior de aquella cosa. Era igual que contemplar un insecto atrapado en ámbar, salvo que el insecto no dejaba de moverse y luchar por alcanzar algo en aquel entorno fluido.
"¿Qué hace?", se detuvo Selina a menos de dos metros de la escena. Vislumbraba el rostro del hombre, tenso por el esfuerzo, y su brazo alargándose hacia lo que parecía ser un cráneo humano que flotaba en el interior de aquella cosa.
"No, hay más de uno", reparó entonces. Algunos estaban muy deteriorados, pero junto a Piedra flotaban, fuera de su alcance, varios restos humanos, principalmente huesos y …
"Cráneos, cabezas. ¡El grande!"
Saltó sin pensar, lanzando el puño derecho por delante precedido por la afiladísima uña del acechador, penetrando en aquella carne transparente con la consistencia de la gelatina. Su arma atravesó el cráneo que le pareció de mayor tamaño y relevancia, reduciéndolo a astillas de hueso.

Una descarga le recorrió el cuerpo de arriba abajo, junto con una sensación de frialdad abrumadora. Una avalancha de recuerdos y conocimientos que no eran suyos se precipitó contra su conciencia que, abrumada, se replegó sobre sí misma, cayendo en una piadosa oscuridad. El cuerpo de aquel ser se desmoronó sin la mente que lo controlaba, y Piedra se encontró tosiendo fango en un suelo inundado de caldo putrefacto. Se arrastró hasta Selina y le comprobó el pulso.
"¡Vive!", respiró aliviado. Se recostó contra la pared, arrastrando hacia sí a su inconsciente salvadora y apoyando su cabeza sobre sus piernas para que no tragara aquel líquido infame.
Su corazón corría desbocado y, al alzar su mano frente a él, pudo ver por unos segundos una imagen evanescente de esa misma mano intentando separarse de él.
"Almas, consumía almas para existir. Casi me la arranca del cuerpo", tembló, rememorando la espantosa sensación. No temía morir, pero sentir disolverse sus recuerdos en la nada, devorados por aquella entidad, casi había sido demasiado.
Suspiró, acariciando sin darse cuenta el cabello corto de la mujer. No estaban seguros ahí, tenían que llegar a toda costa a su refugio, en el interior de uno de los enormes depósitos de fuel de las calderas. Y hacerlo antes de que el sistema de runas colapsara del todo.
–Pero antes descansaremos… un minuto –se dijo –. Quizá dos.
***
"Se acabó, estoy liquidado", tuvo que admitir Charles, dejándose caer en el suelo de la habitación en la que se había refugiado. Todavía realizó un último esfuerzo y recorrió el pequeño recinto con la mirada, buscando algo, un arma, un escondite… Pero en aquella sala no había nada más que polvo, un estante de endeble aglomerado sin objetos a la vista, y una ventana con un estor bajado, pero que curiosamente, apenas hacía nada por filtrar la luz azul que procedía del exterior.
"Una maldita ratonera, eso es".
Intentó modular su respiración, en un vano intento de escuchar algo que no fueran sus propios jadeos. Ya había creído despistar a Mark un par de veces, pero siempre daba con él. Ni idea de cómo lo hacía.
–Cómo es posible que cambie tanto una persona … –musitó.
"Ha sido ese tipo, Tom. Le ha hecho algo en la cabeza. Habrá drogado el agua o ..."
–O no tienes ni puta idea de qué es lo que ocurre aquí, capullo –se contestó a sí mismo.
Estaba temblando. Cuando era consciente de la sed que tenía, creía enloquecer y, aunque el hambre hacía días que le abandonó para no volver, la falta de alimento lo estaba sumiendo en un total estado de debilidad. Perder los dos dedos y una buena cantidad de sangre, solo había sido la puntilla a su nefasta trayectoria como superviviente de un secuestro.
Aguantó la respiración, le había parecido escuchar pasos en el exterior que se aproximaban. Permaneció así, con los ojos casi saliéndose de las órbitas por el esfuerzo, convencido de que se habían detenido frente a la

puerta. Cuando creía que ya no podría soportarlo más, los pasos se alejaron veloces y el exhaló poco a poco, todavía más mareado que antes. Ya no tenía fuerzas ni siquiera para llorar, el miedo se lo había llevado todo y la dignidad era un lujo obsceno en aquel lugar, que no se podía permitir.
–Y entonces, ¿qué? –se preguntó.
"Te tumbas y mueres", le llegó la respuesta, fría, indiferente y ajena a sí mismo. Aquello tuvo la virtud de hacerlo reaccionar, de sacarle del marasmo mental en que se encontraba sumergido. Se encontró pensando en su mujer, que estaría sufriendo lo indecible su desaparición.
"Está mejor sin ti, y lo sabes", regresó de nuevo aquella voz helada.
Charles parpadeó, sorprendentemente, no estaba de acuerdo.
–Me escogió a mí, de entre todos. Y no es que no estuviera disputada en aquella época.
"Ha tenido tiempo de sobra para arrepentirse", insistió la voz desabrida.
Apoyó la cabeza contra la pared, con la mirada perdida en el techo. Estaba recordando las veces que le abrazaba al llegar del trabajo, y se interesaba por cómo estaba y qué había hecho. De repente, se daba cuenta de que no le preguntaba tanto por el estado de su no novela, como por su propio estado anímico.
–Sabía que yo no estaba bien. Sólo me estaba dando espacio y tiempo para recuperarme –suspiró –. Soy un idiota con un montón de mierda en la cabeza.
El estrépito de cristales rotos lo sacó de su ensoñación, y una piedra llegó rodando casi hasta sus pies, que encogió de forma automática, sorprendido y alterado. Llevaba algo sujeto con una gran cantidad de hilo de coser, semejante al que cerraba sus heridas. Charles gateó hacia ella, y le dio la vuelta, dejándola caer como si quemara al ver de qué se trataba.
Estaba hiperventilando otra vez, pero esta vez, aparte del miedo y la angustia, sentía una emoción nueva e inédita. La ira.
Sujeta a aquella piedra, iban los restos mordisqueados de uno de sus dedos. La comprensión se iba abriendo paso en su mente, mientras se ponía en pie y guardaba la piedra en el bolsillo. Salió caminando con lentitud de aquella habitación, pero esta vez, no iba huyendo.
***
Selina continuaba sin recuperar la consciencia y, aunque Piedra era un hombre fornido, desplazarse con rapidez a través de la maraña de pasillos que se abrían entre las tuberías, cargando con ella en brazos, estaba minando sus fuerzas a gran velocidad.
Más consciente de lo que le gustaría de la sensación de firmeza que el cuerpo de ella le transmitía bajo la ropa, no dejaba, sin embargo, que aquello le distrajera de su continuo rastreo de las runas que debían guiarles al refugio.
"Un refugio precario, pero debería resistir lo suficiente como para permitirme acceder a la escasa energía que resta en el circuito y activar la baliza que nos devuelva a nuestro mundo".
Sonrió amargamente ante ese último pensamiento.

"Hace unos años me habría reído de quien me contara una historia semejante, dándole por crédulo o loco… brujas, demonios, las voces de los muertos. Todo me habría parecido una colección de gilipolleces absurdas producto de mentes desquiciadas.
–Y mírame ahora –masculló.
Se asomó con precaución en el siguiente cruce de pasillos, contemplando con crecientes dudas la enorme longitud del tramo que le aguardaba a la izquierda.
"Ni puertas, ni otros pasillos que lo crucen, solo un último esfuerzo nos separa de la sala de calderas, pero no tengo forma de saber qué sorpresas puedo encontrarme en la oscuridad de esos techos altos, entre el laberinto formado por las idas y venidas de cientos de cañerías", meditaba.
Dejó a Selina en el suelo con toda la suavidad de la que fue capaz, y abrió la mochila roja de la que aún no se había desprendido. Sacó la caja de metal que había contenido las desaparecidas cenizas de su pequeño y la depositó a un lado. Ya no era necesaria, hasta aquella remota esperanza se la había arrebatado el maldito. Tenía clara conciencia de que los crímenes que había cometido, aunque al final no fuera él la mano ejecutora, impedirían que se reuniera con su familia en el más allá. Ahora, sin sacrificios humanos no habría pacto alguno.
"Entonces… ¿por qué aún luchas, por qué resistes?", regresó la voz en su cabeza.
Se quedó quieto, conteniendo la respiración, sopesando con seriedad aquella pregunta, cuando un leve suspiro atrajo su atención al rostro inconsciente de Selina. Era difícil estar seguro bajo aquella luz azul y crepuscular que nunca variaba, pero parecía tener mejor color de cara.
Sacó de la mochila los dos últimos elementos que restaban por usar de su menguada equipación, y los sostuvo frente a sí. Su versión casera y customizada de la M84 conmocionadora.
–Solo que esta hace algo más que cegarte y aturdirte, sobre todo si no eres humano –susurró con cierto orgullo de artesano.
Se puso en pie y arrastró a la mujer fuera de la zona de paso, bajo la enorme y oxidada tubería que los había acompañado durante el último trecho, ocultándola en lo posible. Si sobrevivía, regresaría a por ella. Si no… bueno, ya daría igual, todo se habría solventado de una forma u otra.
Se asomó a la bifurcación pero continuaba sin ver nada, así que, con un leve encogimiento de hombros, comenzó a correr hacia la puerta de la sala de calderas. Sujetaba en cada mano una de sus granadas modificadas y, cuando comenzaron a saltar aquellas monstruosidades de todo tipo frente a él, cruzó los brazos a la altura de su rostro y arrancó ambas anillas al mismo tiempo con los pulgares opuestos.
–Por qué lucho, dices –le respondió al fin a aquella voz en su cabeza –. Por una nueva esperanza, claro.
Lanzó las dos granadas al tiempo que se arrojaba al suelo, rodando y tapándose ojos y oídos. Un doble destello de intensa y blanca luz se filtró incluso a través de sus párpados cerrados, mientras le llovían encima fragmentos que procedían sólo en parte de la metralla en forma de tachuelas de hierro que contenían las granadas.

“Porque todo lo que vive, ama y sueña”.
Capítulo 9
LA CLÁUSULA FAUSTO
No estaba muerto, eso seguro. De otra manera no sería tan claramente consciente del dolor que le recorría el cuerpo. Intentó incorporarse antes incluso de abrir los ojos, y todo lo que consiguió fue apoyarse en un codo y erguir la cabeza. Parpadeó, intentando enfocar la vista, pero en apariencia solo el ojo izquierdo se dignaba a funcionar con cierta solvencia.
–Estupendo. –Escupió sangre a un lado –. Todos los payasos juntos en la misma habitación.
Minos aplaudió, de forma algo descoordinada, pero aplaudió.
–Desafiante hasta el final, ¡Bravo! –Hizo un gesto a su alrededor y las criaturas que le rodeaban comenzaron a mover sus cabezas asintiendo, al tiempo que intentaban imitar los gestos de las manos de su amo, con diferentes grados de éxito.
Piedra ladeó la cabeza, no cabía duda, se encontraban en la sala de calderas. Detrás suyo se encontraba el depósito de fuel donde había construido un refugio teóricamente capaz de resistir a los seres del averno. La sangre le corría por la frente y le oscurecía de tanto en tanto la visión, pero le había parecido que la trampilla redonda permanecía cerrada todavía.
“Las runas y los símbolos de protección están dibujados en el interior y toda la pieza tiene un alto contenido en hierro, dudo que a los demonios se les haya ocurrido mirar ahí. Su mero contacto los quemaría”, funcionaba su mente a toda velocidad.
Un cuerpo fue arrojado entre él y el acceso al refugio. Durante un instante, se le encogió el estómago al pensar en Selina, pero no era ella. Era el escritorzuelo, el apocado. El cómplice en su silencio.
–Al final, le crecieron unos huevos –oyó decir a su lado.
La punta de un zapato le reventó el labio superior y astilló un par de dientes, pero tuvo la virtud de colocarlo de rodillas, cosa que por sí solo no creía haber podido lograr.
Alzó la vista y se topó con Mark, que lo contemplaba con ojos burlones.
–Tu amo ha aflojado la soga, ¿pequeño? –Le escupió Piedra su desprecio, luchando por ponerse en pie.
Mark sacó un largo cuchillo que llevaba sujeto en el cinturón, en la espalda.
–Gracias por devolvérmelo. Creía que nunca volvería a verlo, no desde que la zorra de tu mujer lo lanzó por la ventanilla de la furgo –le dijo, exhibiendo el arma con el filo mellado.
Piedra se lanzó hacia él, embistiendo con la cabeza baja, como un toro. Lo pilló por sorpresa y lo empotró contra el depósito, provocando un sonido similar al tañido de una campana. El cuchillo cayó al suelo mientras Mark lanzaba desesperados codazos a la espalda de Piedra, que alzó la cabeza hacia arriba golpeándole la mandíbula, que crujió, arrancándole un alarido de dolor al hombrecillo.

–¿Qué pasa, es más difícil cuando tu víctima puede luchar, carnicero? –bufó Piedra golpeándole las costillas con sus puños de nudillos cuadrados –. Una mujer que intentaba proteger a su bebé… tuvo que ser complicado de veras.
Mark se revolvió, gritando como un animal enloquecido, arañándole el rostro, buscando los ojos. Piedra se lo sacudió como pudo, intentando evitar que lo acabara de dejar ciego, pero una rodilla le falló y se dio de bruces en el suelo.
–Maté al tipo alto, al niño mimado del éxito –se limpiaba la saliva de la boca Mark mientras hablaba, fuera de sí. – No era mi tipo, ya sabes, pero había hambre y, la verdad, no hay mucho que hacer aquí. Me tuvo entretenido un tiempo. Cierto que estuve tentado de matarte a ti cuando te vi, allí tirado en medio de las velas. Pero te quité la venda y, vaya, te reconocí. El pobre viudo de las noticias. ¿Cómo iba a matarte, si ya estabas jodido en vida? No soy persona de hacer favores.
Piedra se mantuvo de rodillas, dudando de si la pierna le respondería, observando a Mark caminando en círculos alrededor de él.
–Ya –respondió por ganar tiempo –. A ti te van las madres con niños pequeños.
Mark esbozó una sonrisa casi infantil, de puro gozo. A su alrededor, Minos y sus criaturas observaban con atención la escena, pero sin intervenir.
–No cualquier madre –puntualizó –. Solo las que creen ser buenas madres. Malditas hipócritas todas ellas.
Por un momento, mudó el gesto, mostrándose casi contrito ante su rival.
–Lástima lo del pequeño, realmente mi intención era liberarlo de una madre tan posesiva y protectora en exceso. Pero la muy zorra se las apañó para liberarse; hizo que nos estrelláramos contra la cuneta –cambió su gesto a uno que era una máscara de rabia –. ¡Se rompió el cuello contra el salpicadero y me frustré tanto con eso! ¡Era casi como si se hubiera escapado!
Se inclinó hacia Piedra, ahora susurrando, casi como si fuera a hacerle una confidencia:
–Y ese puto crío no hacía más que llorar …
***
Selina se movía entre las cañerías y tuberías que se encontraban sobre Minos, con un silencio y una habilidad que jamás habría soñado poseer. Había despertado en aquel pasillo, más despierta que nunca al mundo, que ahora percibía con nitidez inusitada, consciente de casi todo lo que la rodeaba.
"Casi como una araña en su tela", no pudo evitar pensar, reprimiendo un estremecimiento. Estaba cambiando, eso estaba claro. Y a gran velocidad. El extremo picor que sentía en el brazo derecho la había llevado a arrancarse el vendaje que sujetaba ahí la uña de la araña, temiendo alguna reacción alérgica extrema o algo similar.
Alargó el brazo, sosteniéndolo una vez más frente a sus ojos. El letal apéndice, ahora formaba parte de ella, fundido con su carne y sus huesos de una forma que no comprendía. Una parte de ella gritaba en silencio

que se lo arrancara, que lo apartara de ella si no quería acabar convertida en algo similar a su antigua propietaria.
"Es una arma, es una oportunidad", se repetía a sí misma para sofocar los miedos de la otra voz.
Había escuchado la atroz confesión de aquel hombre e, incluso desde dónde se encontraba, era capaz de sentir la sangre exaltada de Piedra presionándole las sienes, presto a actuar.
"Tengo la certeza de que no le va a importar morir, si se lo puede llevar por delante antes", pensaba alarmada.
Minos era la clave. Si controlaba a aquellas criaturas, acabar con él podría causar que entraran en pánico, incluso que se retiraran. Era evidente que estar allí, en el interior del recinto, les causaba dolor. Las veía humear y temblar, incómodas con el contacto del metal del suelo. La autoridad de Minos era quien las mantenía allí.
Se movió un poco más hacia la derecha, buscando la vertical sobre él.
"Sólo tendré un intento".
***
–Espera, tengo algo más que enseñarte. –Se puso Mark en pie como impulsado por un resorte y corrió hacia el depósito de fuel.
–No –susurró Piedra.
Mark había abierto la compuerta de acceso y le mostraba el interior con una sonrisita de satisfacción. Los símbolos estaban dañados o raspados, cuando no redibujados con algo que tenía que ser sangre. Destruidos, inefectivos.
"Dios mío, Selina", pensó con nefasta serenidad. Ahí había mucha sangre.
–Oh, casi toda es de nuestro colega Charles. El mérito es suyo. Quien diría que siendo tan cobarde e inseguro, al final viniera él a buscarme. Lástima que ya estuviera tan debilitado, ¿eh, Charles? Casi se desmaya al verme masticar uno de sus dedos –dijo dándole una patada en los riñones al cuerpo inmóvil.
Entonces, en una de esas extrañas coreografías que en ocasiones describe el destino, Selina se dejó caer sobre Minos al tiempo que el supuesto difunto, Charles, apuñalaba a Mark en el estómago con su propio cuchillo. Éste abrió los ojos con incredulidad al sentir la hoja entrando y saliendo de él.
Su cuerpo sin vida cayó sobre Charles, cuya mirada estaba ahora fija en Piedra.
Un alarido de dolor y sorpresa detrás de él, lo hicieron girarse a tiempo de ver a Selina sentada a horcajadas en los hombros de Minos, cuyo pecho sangraba ya por dos lugares. El hombre de la camisa a cuadros se debatía, intentando evitar una tercera herida por todos los medios, y consiguió sujetar las piernas de Selina y lanzarla a un lado con tremenda fuerza.
–¡Selina! –exclamó, maravillado de que continuara con vida.
Se volvió, casi arrastrándose, en busca del cuchillo, el único arma disponible. Tenía que ir a ayudarla, tenía que …
–Lo siento –escuchó una voz, apenas audible. Era Charles, con la mirada

vidriosa del que ya te está contemplando desde el otro lado –. Tenía que haber llamado.
–¿Qué? –preguntó Piedra.
–Vi como la subía a la furgoneta. La cargó como un fardo y al niño con ella, pero no estaba seguro. Lo hizo tan natural. ¿Y si eran maniquíes? –dudé y lo dejé correr. Después vi las noticias de la desaparición, pero seguía dudando. Tenía miedo de hacer el ridículo, como siempre.
–Ya da igual –contestó seco Piedra, recogiendo el cuchillo de sus dedos flojos.
–Me enteré de cómo los encontraron a ambos… y ya no fui capaz de seguir con mi vida. La culpa me aplastaba –continuó aquél, sin embargo. Fue capaz de sujetarle por la muñeca, antes de que se alejara con el cuchillo.
–Lo siento –dijo.
Piedra se inclinó sobre él, pero ya estaba muerto. Le cerró los ojos al tiempo que susurraba al oído del cadáver:
–Que te perdone tu Dios, si lo tienes.
Se puso en pie a duras penas, con el cuchillo en mano, contemplando como varias de aquellas cosas acorralaban a Selina en una esquina, mientras Minos no hacía otra cosa que examinar el cuerpo que ocupaba, molesto por las heridas.
–Eres toda una revelación, mujer –comenzó a reír Minos mientras introducía, con curiosidad, un dedo por las aberturas en su carne –. En realidad, estamos todos aquí por ti. Ah, esa sensualidad desbordante… la lascivia recorre tus venas pues has matado y te has alimentado en los campos grises de la Lujuria. La única mortal, que yo sepa, que haya logrado eso.
Se acercó a ella, inmovilizada contra la pared por una especie de ser viscoso, muy similar al que habían matado antes Piedra y ella. Le acarició el rostro, con una mano que desprendía el calor de la fiebre.
–Decidme vuestro secreto, y yo os contaré los míos. No os asombréis, ya os han dicho que aquí no pasa gran cosa. –le susurró Minos al oído –. ¿Por qué fuisteis capaces de entrar al mismo tiempo, cuando aquí todo el mundo viene solo?
Selina ladeó el rostro e intentó darle un cabezazo en la nariz, pero Minos fue más rápido y se apartó con una sonrisa.
–Lástima –dijo.
Y atravesó el pecho de Selina con la mano, como si en lugar de carne, huesos y músculos, estuviera hecho de barro. La mujer boqueó, con los ojos a punto de salirse de las órbitas.
–¡No! –gritó Piedra, impotente. Quería moverse, acudir hacia ella, pero el cuerpo se negaba.
Minos rio en voz baja.
–Tu cuerpo es más inteligente que tú, amigo mío. Ha tomados su decisión y el resto no le importa. La escasa magia que protegía este lugar ya se ha desvanecido y el metal pronto seguirá su mismo destino. No tenéis forma alguna de regresar a tu mundo, pero te puedo hacer una promesa. Te la ofrezco con el corazón en la mano… bueno, con el de ella en la mano.

Minos achicó los ojos antes de hablar:
–Vivirás lo suficiente para verla a ella convertida en mi consorte y, en la noche de bodas, grabaré mi nombre en su vientre desnudo con fuego y sangre. Y tu estarás allí, en primera fila, cuando la deje encinta y use las cenizas de tu bebé para arrancar su alma de infante del purgatorio y darle vida a nuestro hijo. Porque nada nace en el Infierno, aquí se roba o conquista.
Piedra contempló a Minos y después a su séquito, que lo había ido rodeando poco a poco. Buscó la mirada de Selina y, durante una fracción de segundo, sus ojos se encontraron. No había rastro de resignación alguna. Acorralados en el mismo Infierno, y preferían la muerte a rendirse.
–Hay un pequeño detalle en todo este asunto, que pareces no haber tenido en cuenta, oh, Gran Minos el Cretino –dijo Piedra.
El aludido alzó una ceja, incrédulo del tono de voz de aquel mortal.
–Cretense –corrigió -. ¿Y cuál es …?
Piedra alzó raudo el cuchillo hasta su propio cuello.
–Un hechizo de invocación no puede prolongar su existencia más allá de la vida del que lo creó. La envío de regreso a casa, donde no podrás tocarla, gilipollas.
Y cortó hasta el hueso.
Fundido en negro.
Fin.
***
La voz de Malcolm se escuchó en el vacío:
–Vale, lo admito. Esto tampoco me lo esperaba.
***
Capítulo 10
SENTENCIA
–Bueno, creo que ya va siendo hora de despertar, muchacho –escuchó al tiempo que alguien le sujetaba del cuello de la camiseta y le soltaba sendas bofetadas en el rostro.
Piedra abrió los ojos a un cielo de hormigón y hierro que reflejaba extrañas y danzantes sombras bajo una oscilante luz amarillenta. Olía a cera.
–¿Tú? –Se incorporó asombrado y alerta, al reconocer el rostro de Malcolm, el demonio que había respondido a su invocación. La garganta le dolía como el Infierno, ¿qué había …?
–El Infierno –dijo con voz ronca –. Estábamos allí.
Su mirada saltó, inquieta, por los alrededores. Se encontraba en el interior del círculo de invocación, pero los cuerpos de los demás no se encontraban a la vista. El corazón le dio un vuelco en el pecho.
–No temas por la dama, se encuentra a salvo aquí, junto a mí. –escuchó aquella otra voz oscura y grave que recordaba.
Se dio la vuelta y contempló a Selina, pálida como los espectros que los rodeaban, junto al tal Kaleb.
Ella le indicó con un gesto silencioso, y Piedra se volvió hacia el fantasmal

estrado. La moneda había detenido su danza y se encontraba de pie sobre su canto.
–Con permiso, pero saldré de tu puñetero círculo –dijo Malcolm al tiempo que saltaba con agilidad sobre las piedras blancas –. Me produce migraña moverme por su interior.
–Ni siquiera deberías haber podido atravesarlo –contestó Piedra, sin saber muy bien que era lo que estaba ocurriendo.
"¿Aquello fue real, lo es esto?", se preguntaba conforme los recuerdos regresaban de forma atropellada.
–Voy a aclararte una cosa, que quizá te sea útil en un futuro (si es que lo tienes todavía, el jurado está deliberando, literalmente), el Infierno tiene normas. –Se detuvo un momento a coger aire y continuó –. Hace una eternidad, más o menos, carecía por completo de ellas. Eso se traducía en un enorme caos administrativo y logístico; todos contra todos en todo momento. Era muy monótono e impedía el progreso, así que cuando los Caídos nos … instalamos (sí, me gusta esa palabra), impusimos una serie de normas de etiqueta y comportamiento. Sobre todo, a la hora de relacionarnos con las esferas de realidad más cercanas.
–¿Etiqueta? –preguntó Piedra, atónito.
–Te recomiendo que no le interrumpas –intervino Kaleb –, rara vez un Gran Demonio se aviene a dar una clase magistral de geopolítica infernal a un mortal. Al menos, no gratis.
Malcolm miró a Kaleb de forma extraña, pero asintió con la cabeza dijo:
–¡Gracias! Bueno, tal y como estaba expli… –trató de continuar.
–Además, le encanta escucharse a sí mismo y pierde el hilo con facilidad –añadió Kaleb, encogiéndose de hombros.
Piedra permaneció en silencio, pero no dejó de detectar un pequeño tic en el ojo derecho de Malcolm que, sin embargo, seguía mostrando esa sonrisa abierta y escalofriante al mismo tiempo, que le caracterizaba.
–Bien… –pareció tantear el demonio antes de explayarse de nuevo –. En un período de tiempo tan lejano que hasta la memoria racial del hombre a duras penas recuerda, el tránsito entre los diferentes planos era bastante más sencillo que en la actualidad. Si a ello le sumamos una guerra civil y fratricida que dejó sin protección los límites entre las esferas, nos encontramos con un cóctel explosivo, una tormenta perfecta durante la cual, la vida sobre este planeta y tantos otros similares a él, estuvo a punto de desaparecer a manos de estas criaturas procedentes de lugares mucho más extremos, incluso, que el Infierno.
–En resumidas cuentas –añadió Kaleb, interviniendo –, Lovecraft no iba desencaminado, por daros un ejemplo conocido.
–Lo hemos visto –susurró Selina, acariciándose el brazo derecho que, de forma aparente, había recobrado la normalidad.
–Por eso se establecieron formas y protocolos. Nadie impediría a un humano imprudente inmiscuirse con lo oculto y abrir paso a uno de estos seres, pero había que articular una serie de reglas que estas criaturas de enorme poder se comprometieran a cumplir al visitar una zona fuera de su hábitat natural. Así evitaríamos mayores destrozos. –Continuó Malcolm.

–Se llamaron Los Acuerdos del Día Después, y se obligó a firmarlos a todas las razas del Multiverso, presentes, pasadas o futuras. Una ley para cuando ninguna otra ley actuara. Una salvaguarda para evitar el desmoronamiento de la Creación. –Siguió Kaleb.
Malcolm lo observó con ojos brillantes, de curiosidad inquisitiva.
–Realmente estuviste allí… –murmuró entre dientes, tan quedo que sólo Kaleb alcanzó a escucharle.
–Tú mismo lo dijiste, soy viejo, muy viejo –le contestó de igual forma Kaleb –. Y estoy cansado. Acabemos con esto cuanto antes, si no te importa.
Nadie más pareció haber alcanzado a escuchar la breve conversación, sin embargo, si se apreció un cambio en la atmósfera reinante, quizá menos opresiva y sí algo más triste.
–¿Desde cuándo al Infierno le importa la humanidad? –masculló Piedra –. ¿Pretendes que crea que si no has traspasado este círculo antes, ha sido por educación?
Malcolm sonrió, comprensivo y se encogió de hombros.
–No pretendo nada, ya te lo he demostrado. Reconozco que es un ritual potente y bien ejecutado que echaría para atrás a una gran cantidad de demonios, incluso de alto rango. Pero… –movió un dedo negando en el aire –, ante uno realmente poderoso, solo dependes de la buena voluntad del Infierno y de la férrea mano de los Caídos sobre sus collares.
–Una humanidad extinta no les serviría de nada –afirmó por sorpresa Selina –. Allá abajo, casi todo lo que vimos, fue una vez humano. Nos necesitan, aunque sea como sustento.
–Tu compañera es más inteligente que tú, amigo Piedra. –Rio Malcolm, afirmando con la cabeza –. Uno no mata a la gallina de los huevos de oro.
–Entonces, ¿en qué punto nos hayamos? –dijo Piedra –. ¿Dónde se encuentran los otros?
–Han regresado a sus vidas, todos ellos –explicó Malcolm –. Minos no estaba muy contento por tener que renunciar a la piel de Tom, al parecer le había cogido cariño. Y la señorita, aquí presente, parece haberle causado una onda impresión a la que yo mismo me suscribo, pero– Y le hizo una reverencia a Selina –… tendrá que superarlo.
–No sabes lo que has hecho, a la gente que pondrán el peligro –avanzó Piedra con determinación en dirección a Malcolm, pálido y con los puños cerrados.
–Era de esperar. –Suspiró Kaleb, dándose la vuelta y cubriendo a Selina con su cuerpo. Detrás de ellos, se produjo una única detonación y un súbito viento barrió la sala de la misma forma que lo haría un huracán que tocara tierra en aquel mismo punto. Las manos de Kaleb sujetaron a la mujer con gentileza y enorme fuerza, evitando que fuera arrastrada por aquella repentina locura.
Selina no sabría decir cuánto tiempo duro aquello, si un instante o una hora, pero al cabo, el viento amainó y el ser llamado Kaleb se apartó de su línea de visión y contempló la escena.
Ya no había velas negras ardiendo, sin embargo su luz y sus sombras seguían alumbrando el lugar. No quedaba rastro alguno del círculo de

invocación, ni siquiera de las paredes que los habían cobijado, reducidas a escombros decenas de metros más allá. Tendido en el suelo, se encontraba Piedra, la ropa ensangrentada y reducida a girones que apenas cubrían lo más mínimo. Seguía consciente y luchando por levantarse, mientras Malcolm avanzaba hacia él con una caja metálica entre las manos y el gesto sombrío.
–No sabes cuándo rendirte, ¿cierto? –dijo Malcolm colocándole un pie en el pecho y obligándolo a permanecer de espaldas al suelo. Se inclinó sobre Piedra y depositó la caja al lado de su cabeza. Éste parpadeó al reconocerla.
–He preservado las cenizas de tu niño. Nunca estuvo en mi mano el devolverle la vida, al menos, no la que tenía antes. Aunque no te estoy diciendo nada que no supieras ya. –Retiró el pie y retrocedió hasta la base del estrado, donde se quedó contemplando la moneda en su imposible equilibrio –. Venganza, y no justicia, es lo que te trajo hasta aquí.
Se dio la vuelta hacia el silencioso jurado espectral y abrió los brazos, dejándolos caer después a los costados, casi con agotamiento.
–¡Venganza! Hacia el hombre que mató a su familia, hacia el pobre diablo que no supo denunciar el secuestro a tiempo. Venganza que hizo extensible al depredador de infantes, al que descubrió mientras rastreaba a los dos primeros. Después, era cuestión de adornar un poco la cosa, de llegar a la cifra mágica de cinco, uno por cada extremo del pentáculo. Un directivo acosador, que disfrutaba con la desesperación de sus empleados, a los que empujaba al suicidio a través de una rueda de tormento perfectamente disimulada entre el engranaje empresarial. –Realizó una pausa dramática, mientras fingía meditar, con las palmas de las manos juntas y cerca de sus labios.
Alzó los ojos en dirección a Selina, y la señaló, como si de repente recordara su presencia allí. Los ojos espectrales del jurado y del público, se enfocaron en ella, que sintió aquello como una presión casi física, sofocante.
–Y ella –dijo –…cuya presencia no comprendíamos hasta que el mismísimo Piedra confesó los motivos, los retorcidos y equivocados motivos por los cuales la agredió y la arrastró aquí…
–Al Infierno –acabó Piedra la frase por él. Durante el parlamento de Malcolm, había conseguido colocarse de rodillas, con la caja de metal en el regazo, aferrándose a ella como el náufrago a un madero.
Selina se estremeció al recordar el golpe en su cabeza, el despertar en medio de aquel ritual incomprensible, pensando que iba a morir. Realmente, ¿iba a matarla, a todos? –Movió la cabeza, había algo incongruente en el comportamiento del hombre llamado Piedra.
"No tiene sentido, algunas cosas sí, pero otras…"
–Invocarías a la Muerte y le ofrecerías un trueque, pues ella es la única capaz de traer a alguien de regreso –habló ahora Kaleb –, pero si fallabas y aparecía otra cosa, al menos obtendrías venganza, arrastrándolos en vida al lugar donde debían de acudir a su muerte, adelantando su día final en nombre de una hipotética justicia.
Piedra asintió, en resignado silencio.

–Es culpable, está claro –afirmó Malcolm.
–Pero, ¿y esos hombres? –exclamó Selina, acercándose al estrado –. ¿No merecen también un castigo, acaso no son asesinos de una clase mucho peor?
–Sorprende una defensa tan apasionada por parte de alguien que fue traído aquí como un sacrificio más. ¿Sufres de síndrome de Estocolmo, mujer? ¿Acaso no ves que es un estafador, que no puedes creer en nada de cuanto te ha dicho? –respondió Malcolm.
Selina se quedó en silencio unos instantes, sopesando aquellas palabras, contemplando al hombre llamado Piedra, que a su vez, le devolvía la mirada.
"Sus ojos", se dio cuenta de repente. Límpidos y serenos, casi en paz. Y, muy al fondo, una sonrisa.
–Casi como riendo una broma que sólo él conoce…–murmuró Selina para sí.
Malcolm frunció el ceño al verla mover los labios y desplazó su mirada hacia la moneda, que se empeñaba en mantener su equilibrio contra todo pronóstico. Se sentía en el fondo tan frustrado porque presentía que, en toda esta escena, el no dejaba de ser un peón más, que casi le entró la risa por lo novedoso de todo ello.
–Bueno –se volvió hacia Kaleb –, ¿me vas a decir por qué no cae la maldita moneda?
–Es evidente, el veredicto aún no está claro –contestó éste –. ¿Seguro que no te queda nada por decir?
Malcolm se erizó como un gato o, al menos, eso le pareció a Selina, antes de contestar:
–¿Es necesario?, no veo la importancia. –Intentó escabullirse todavía, golpeando el suelo con la punta del zapato.
Al ver que no obtenía contestación por parte del otro, alargó su brazo izquierdo y el sombrero hongo voló hacia su mano desde la percha.
–Existe un tecnicismo que denominamos *Cláusula Fausto*, aunque la verdad, el mencionado personaje no llegó a usarla nunca. Éste establece que, si llegado el momento el sujeto susceptible de ser arrastrado al Infierno, realiza o lleva acabo un acto de pura bondad o de extremo y desinteresado sacrificio en nombre del prójimo, queda libre de sus pecados pasados. –Soltó casi de tirón, como si le quemasen las palabras en la boca –. En realidad, es bastante más complejo y la casuística casi infinita pero…
–No entiendo – dijo Piedra, alzando la cabeza.
–El Infierno te libera, renuncia a ti. –Se apoyó la mano de Selina es su hombro.
–Por el momento –confirmó Malcolm –. Pero siempre andamos cerca, a un par de pasos.
Piedra miraba a un lado y a otro, sin acabar de comprender.
–¿Y ya está, marchamos sin más? –preguntó poniéndose en pie con la ayuda de Selina, que lo miraba extrañada.
–Casi pareces… contrariado –le susurró.

–Lo está, en realidad –comunicó Kaleb avanzando hacia ellos, hasta que se detuvo a su altura –. Éste pequeño giro del guion no lo tenía previsto, me temo. Al fin y al cabo, aunque todo lo demás le ha fallado, pensaba que aún se saldría con la suya y obtendría lo que en realidad buscaba.
Selina se estremeció de forma involuntaria mientras su mente ataba cabos con rapidez. Obligó al hombre a darse la vuelta y a encararla.
–Suicidio –dijo –. Todo esto no era nada más que un complejo y retorcido plan para acabar con tu vida.
–Bueno, en realidad iba un paso más allá y buscaba su total erradicación de la existencia –comentó Kaleb –. Tal cosa es posible en el Infierno.
–Me siento escandalizado con semejantes revelaciones –dijo Malcolm –. ¿Ves, querida, como es un miserable embustero?
–Pero… ¿Por qué llegar tan lejos? –Selina se echó las manos a las sienes –. ¿Por qué trazar entonces una ruta de escape, construir un refugio?
–En parte, por ti –dijo al fin el hombre llamado Piedra. Selina lo miró, sin comprender.
–Una última salvaguarda, en el supuesto de que ocurriera algo que te hiciese cambiar de opinión respecto de ti misma. En caso de que escogieras la vida, pasara lo que pasara, como ha ocurrido. –Continuó el hombre.
Selina inclinó la cabeza, recordando sus últimas semanas, el silencio y los infinitos tonos de gris que se habían adueñado de su vida poco a poco.
"Estaba muerta en vida, ¿cómo no me di cuenta?"
–Se me mostró algo –comentó dubitativa –, a lo que me aferro ahora con todas mis fuerzas. Pero pensaba que volver a ver a tu hijo era lo que más deseabas en el mundo.
El hombre guardó silencio, encerrado en sí mismo una vez más.
–Y yo pensando que te empujaba una *"nueva ilusión"* –rio entre dientes Malcolm –. No te ha durado mucho.
–Eras tú, la voz en mi cabeza, todo el tiempo. –Alzó Piedra la cabeza, mirándolo con dureza.
–Ambos lo éramos, en realidad –dijo Kaleb –. Y no solo en tu cabeza. En ocasiones, es necesario verbalizar los sentimientos más profundos para ser conscientes de su autenticidad.
Alargó la mano hacia Piedra, que al roce de sus dedos en la frente se desvaneció, dejando resbalar la caja metálica de sus manos. Selina la capturó al vuelo, evitando que se abriera, mientras observaba, atónita, cómo el cuerpo del hombre inconsciente comenzaba a levitar a dos palmos sobre el suelo.
–¿Qué le has hecho? –Acertó a decir, retrocediendo un poco, apartándose de la presencia de Kaleb, que se cernía sobre Piedra.
–Es una lástima –suspiró Kaleb, al tiempo que hacía un gesto y el cuerpo cambió de posición, flotando ahora paralelo al suelo, como si durmiera en un lecho invisible –, que toda su determinación por salvarte haya quedado en el Infierno. La culpa que lastra su alma sigue siendo demasiado grande y le impide ver más allá.
El aire comenzó a oscilar alrededor de Kaleb y el cuerpo de Piedra, distorsionándolos, como si algo tirase de ellos desde otro lugar.

–¿Entonces? –preguntó Malcolm.
Kaleb se volvió hacia la silenciosa y fantasmal muchedumbre que componía el jurado y el público.
–Todos hemos visto y sentido a través de los ojos y las almas de los involucrados en este ritual. Todos hemos compartido sus decisiones y sus destinos finales y, por crueles o heroicos que esto fueran, no cambian el simple hecho que desencadenó este juicio. –Hizo una pausa, mientras su figura y la de Piedra se iban volviendo más y más borrosas –. Ha quedado sobradamente demostrado que este sacrificio y cuanto le rodeaba, no era más que un disparate, un fraude, una monumental estafa al Cielo e incluso al Infierno. Y por ello, declaro que no se ha celebrado nunca, que ningún recuerdo quede de lo que aquí ha ocurrido en la mente o el espíritu de los que iban a ser sacrificados.
–¿Qué quiere decir eso, que no recordaré nada? –se abalanzó Selina hacia la sombra de Kaleb, siendo retenida por un brazo por Malcolm.
–Detente, insensata. –Le instó éste.
–Declaramos a este hombre, culpable. –se escuchó un coro de voces desiguales, que expresaban lo mismo en diferentes idiomas a la vez. Eran las voces de los muertos que los rodeaban –. Y se os entrega a vos, Señor de la Penumbra, para que determinéis su castigo y su destino.
Un ruido sordo y metálico atrajo la mirada de Selina y Malcolm hacia el estrado. La moneda, descansaba sobre una de sus caras. Malcolm rio entre dientes:
–Clusivius, por supuesto. Hace rato que sé que el estafador auténtico eres tú, y no ese pobre mortal. Hasta el jurado lo tenías amañado. Sistema infalible… y unos cojones.
Algo similar a una risa queda se pudo escuchar, procedente de la sombra casi imperceptible en que se habían transformado Kaleb y Piedra.
–Yo os libero, amigos míos. Lo habéis hecho bien. Mi gratitud. –Fue lo último que se escuchó decir a Kaleb antes de desaparecer del todo.
Selina avanzó, libre ya de la mano de Malcolm, tanteando el aire en el punto donde se habían encontrado, hacía tan sólo unos instantes, los dos desaparecidos. A su alrededor, los espíritus se despedían entre ellos, libres al fin de la promesa que los ataba, desvaneciéndose después en nubecillas de polvo brillante y efímero que se esfumaban arrastradas por la brisa.
–Entre los míos, circula una historia –escuchó decir a Malcolm, hacia el que se volvió. Se encontraba rodeado de algunos de los espectros, que por algún motivo, aguardaban junto a él –. Dicen las malas lenguas, que el primer día de la creación, con los cielos y la tierra ya creados pero en total caos y confusión, Dios se decidió a iluminar la existencia para poder trabajar en ella con más comodidad.
–Y al encender la luz se encontró, plantado allí, en medio de todo aquel follón primigenio, a ese tipo llamado Kaleb. Mirándole. ¿No es desternillante? –Le sonrió con esa boca llena de agujas afiladas, tan similar a la de Minos, que no pudo evitar estremecerse.
–No temas –dijo él al advertir su reacción –, ya nos vamos. Estos chicos y chicas se vienen conmigo, creo que ya se hartaron de gritar su rencor a

los vivos demasiado idiotas como para evitar este lugar. Sin ofender, querida.
Hizo un gesto y una pesada llave de oro apareció en su mano izquierda, que giró en el aire hasta siete veces, de la misma forma que lo haría si estuviera introducida en una cerradura. Cada giro de llave, era seguido de un tremendo golpe metálico, como si se retirasen unas ciclópeas barras de seguridad.
–Te recomiendo que retrocedas. Te has desenvuelto muy bien ahí abajo, pero no creo que quieras volver… al menos aún no –añadió con una media sonrisa que le provocó escalofríos a Selina. Una enorme abertura se abría ahora en el aire delante de ella, proyectando la detestada y familiar luz azulada en la maltrecha sala.
Los espectros comenzaron a desfilar por ella, con tal pasividad, que la mujer no pudo evitar preguntarse cuánto tiempo habían permanecido encadenados a aquel lugar, que hasta el Infierno les parecía mejor opción.